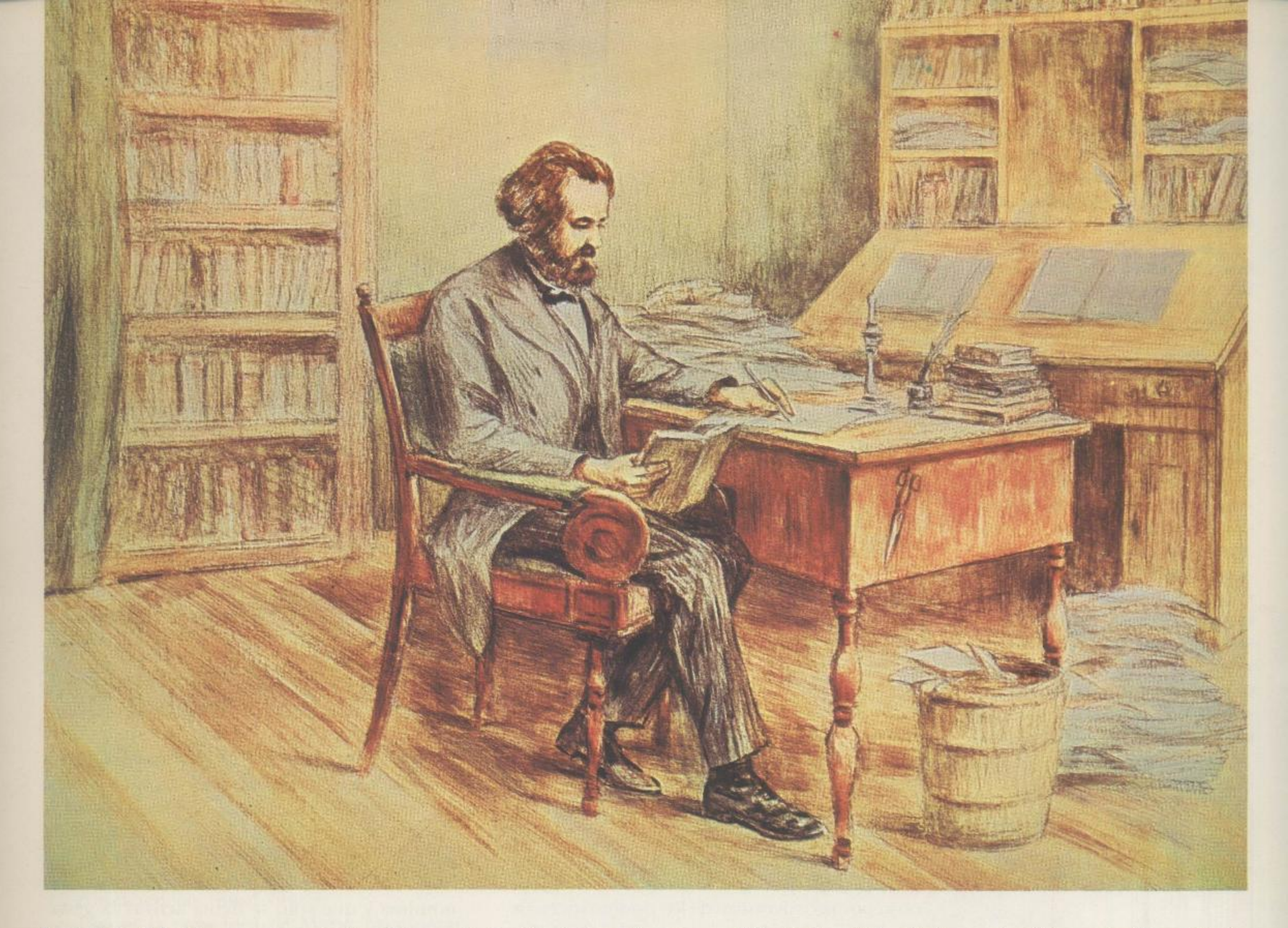
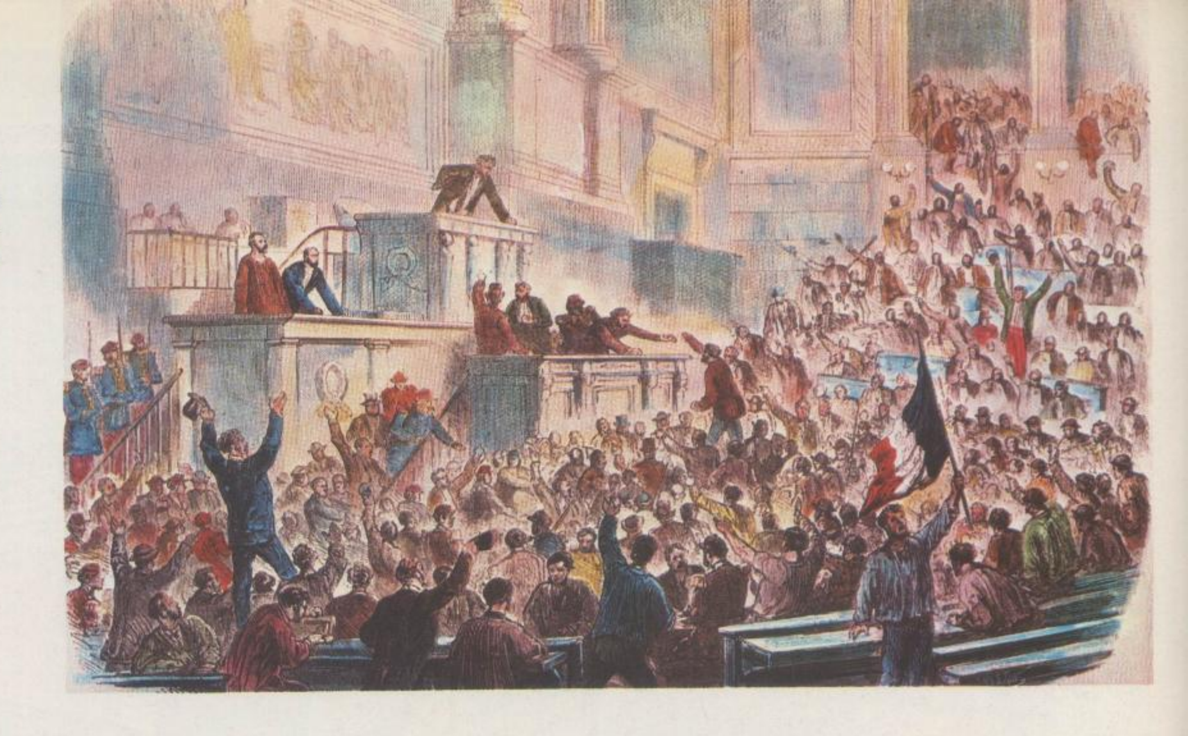


Karl Heinrich Marx en su estudio (Museo de Berlín Oriental). Marx, el fundador del socialismo científico, estudió en Berlín y Roma y se graduó como doctor en Derecho por la universidad de Jena en 1841.

Luchas parlamentarias entre capitalismo y socialismo

Hacia la mitad del siglo XIX el socialismo totalitario y utopista –comunismo, como se le llamaba entonces– parecía fracasado; las colonias de sansimonianos, furieristas, cabetistas y owenistas en Europa y América se deshacían, se dividían o se transformaban en corporaciones comerciales. Marx lo había profetizado en 1847: las Icarias y Armonías, ciudades-falansterios propuestas por Cabet, Owen y los discípulos de Saint-Simon, fallarían. Primero, porque los que iban a ellas, no obstante llamarse comunistas, tenían prejuicios del proletariado de la época; no habían sido educados en la lucha de clases que templaría a los ciudadanos del estado futuro; segundo, porque los rozamientos que producirían el cambio de clima y la diferencia de trabajo serían aprovechados por agentes de gobiernos capitalistas que indudablemente se infiltrarían entre los comunistas, y tercero (recordemos que es el propio Karl Marx quien lo dice), porque el comunismo requiere un período de adiestramiento en la colectivización y una disciplina que los socialistas utópicos de principios del siglo XIX no creían compatible con la libertad individual.



Invasión de la Sala de Sesiones del cuerpo legislativo en la jornada del 4 de septiembre de 1870 (Biblioteca Nacional, París).

El socialismo, que había empezado como una Iglesia, siendo romántico y místico, iba a transformarse en escuela de economía y partido político. Los precursores del socialismo utilitario, que hemos llamado socialismo romántico –Saint-Simon, Fourier y Owen–, se dieron cuenta de la miseria del proletariado, pero creyeron que provenía de la inmoralidad algo inconsciente de las clases privilegiadas, que la justicia se restablecería por la conversión de los poderosos cuando se convencieran que hasta ellos, los ricos, serían más felices internados en falansterios y renunciando a su monopolio de abundancia.

La mayoría de socialistas suponían que la predicación y el ejemplo convencerían a la Humanidad; algunos, muy pocos, como Blanqui, creían que sería necesario forzar el cambio de régimen con la rebelión; ninguno concebía que la transformación de la Humanidad sería inevitable por las necesidades económicas y que sólo se debía activar la gestación y parto del estado socialista movilizando

LA PRIMERA INTERNACIONAL

1864 Reunión de Saint Martin's Hall, en Londres. Representantes obreros ingleses aprueban un proyecto de Asociación Internacional de Trabajadores presentado por Tolain y Perrachon, sindicalistas franceses. Constitución de un comité encargado de redactar unos estatutos provisionales.

1866 Primer Congreso de la A.I.T. en Ginebra. Se vota: 1) un estudio sobre las condiciones de trabajo en todos los países; 2) la reivindicación de la jornada de ocho horas; 3) la condena del trabajo excesivo de las mujeres y los niños; 4) la admisión en la A.I.T. de los trabajadores intelectuales.

1867 Segundo Congreso en Lausana. Enfrentamiento de las tendencias colectivistas de los ingleses, alemanes y belgas con el mutualismo profesado por franceses e italianos. Se acuerda que el estado sea el propietario de los medios de comunicación y transporte. Votos en favor de las libertades políticas y la educación de los obreros.

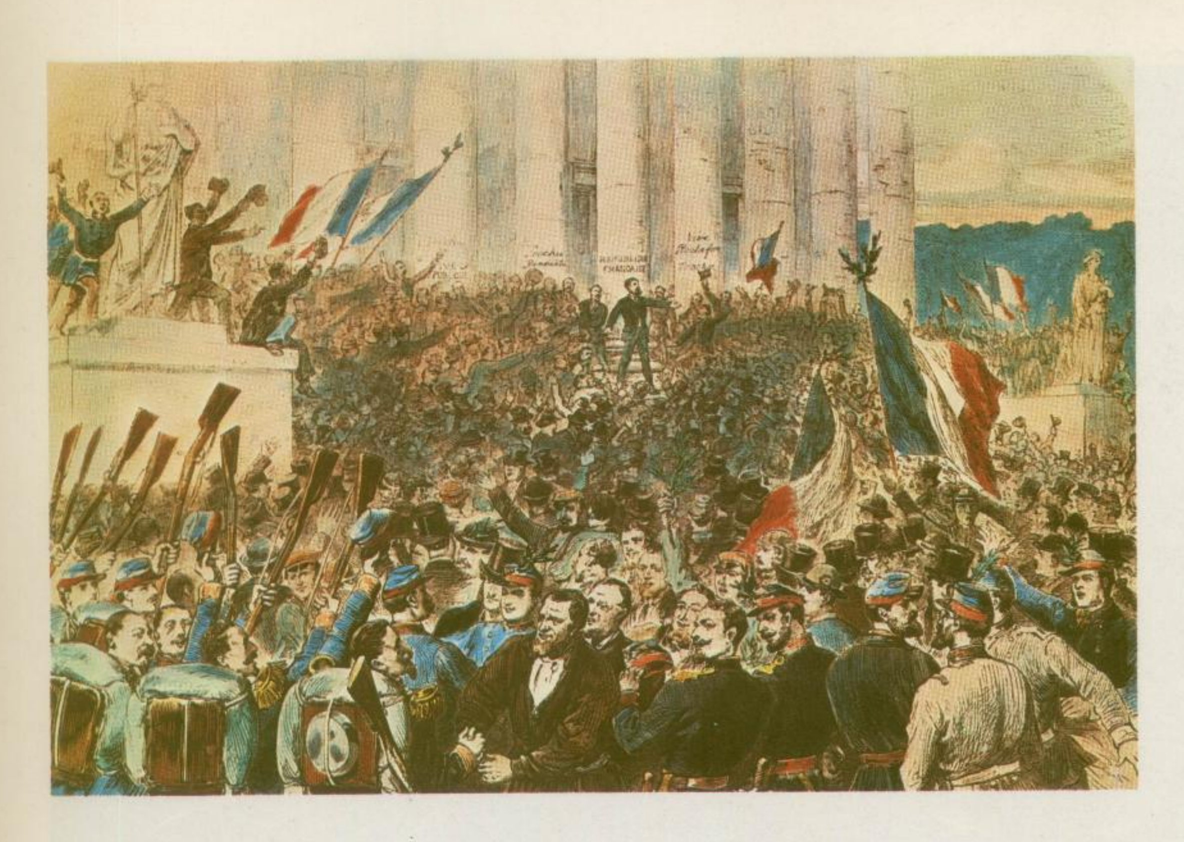
1868 Tercer Congreso en Bruselas. Se defiende la legitimidad y necesidad de la huelga como medio de lucha contra el capitalismo. Inquieto por la hostilidad francoalemana, el Congreso recomienda a los obreros interrumpir el trabajo si estalla la guerra.

1869 Cuarto Congreso en Basilea. La sociedad tiene derecho a abolir la propiedad individual del suelo y devolver la tierra a la comunidad. Primer triunfo de las tesis marxistas frente a la Alianza Internacional de la Democracia Socialista, fundada por Bakunin en el año 1868, que ha defendido en el Congreso las doctrinas anarquistas.
En una circular a todas las secciones, Marx, miembro del Consejo General de la A.I.T., denuncia las maniobras de Bakunin para apoderarse de la dirección del movimiento socialista internacional.

1871 (30/V) Un comunicado del Consejo General, redactado por Marx, lleva su apoyo a la Comuna, en la que participan afiliados a la A.I.T.

1871 Conferencia de Londres. Triunfo de la doctrina marxista. La Federación del Jura, de tendencia anarquista, se niega a acatar la resolución.

1872 Polémica abierta. A la circular de la A.I.T. sobre "las pretendidas escisiones de la Internacional" sigue una réplica inmediata: "Respuesta de algunos internacionales, miembros de la Federación del Jura".
En el Congreso de La Haya se confirman los acuerdos de la Conferencia de Londres. Expulsión de Bakunin y J. Guillaume. La A.I.T. se traslada a Nueva York.



Proclamación de la Tercera República francesa, el 4 de septiembre de 1870 (Biblioteca Nacional, París). Por este acto, Napoleón III, prisionero de los alemanes desde la capitulación de Sedán (1 del mismo mes), era arrojado del trono de Francia.

Ascensión de un globo de guerra en París en 1870 (Museo Carnavalet, París). Al negarse la Tercera República a firmar la paz con los alemanes, éstos sitiaron a París (septiembre de 1870 a enero de 1871). Las comunicaciones con el resto del país se establecieron mediante globos, y precisamente en uno de ellos marchó Gambetta para allegar recursos y continuar la guerra.

las sociedades de obreros para reorganizar el mundo cuando los burgueses abdicaran reconociendo su incapacidad o se suicidasen en competencias catastróficas.

Ésta es la gran idea de Marx: no esperar a que los burgueses se enternecieran como soñaban los socialistas románticos ni creer que con revueltas y motines podía derribarse el estado capitalista protegido por la banca, el clero y el ejército. Para Marx, revolución no era combate espectacular de unas jornadas sangrientas, sino condición permanente de ataque hostilizando a la burguesía con la crítica de su fracaso y con la exigencia de un régimen mejor. Acaso hemos exagerado. No quisiéramos que el lector se imaginara que Marx fue socialista de gabinete, satisfecho con libros y debates parlamentarios. Pero lo cierto es que Marx nunca conspiró. Tenía tal seguridad de que las fuerzas económicas impondrían el estado socialista, que le parecía fútil arriesgarse en sublevaciones violentas. Si hubiese podido sospechar que una semana trágica, un año trágico, resolverían quirúrgicamente las dolencias que sufrían el proletariado y hasta su enemiga, la burguesía, Marx no hubiera vacilado en lanzarse a las barricadas. Pero había visto en París la liquidación de la *Commune*, aplastada sin piedad por los ejércitos burgueses, y hasta deplorado un intento de revolución socialista que fracasó en Alemania el mismo año 1870.

La *Commune* sobre todo fue una trágica experiencia. El mismo nombre ya indica la tremenda desorientación de los *communards*.

MARX Y BAKUNIN ANTE LA COMUNA DE PARIS

Los libertarios consideran la revolución de 1848 una auténtica revolución del proletariado, ahogada por la represión. Dentro del esquema más rígido del pensamiento marxista, la revolución del 48 es, sobre todo, una revolución proletaria mal planteada y, por tanto, condenada irremisiblemente al fracaso. Marx hablará de la Comuna de París de una manera totalmente diferente.

"La antítesis directa del Imperio era la Comuna. El grito de ¡República social! con que la revolución de febrero fue anunciada por el proletariado de París no expresaba más que el vago anhelo de una república que no acabase sólo con la forma monárquica de la dominación de clase, sino con la propia dominación de clase. La Comuna era la forma positiva de esta república" (Marx).

Dos caracteres que Marx exalta en la Comuna le llevan a aceptarla como auténtica revolución del proletariado: la Comuna detenta el poder y constituye un gobierno de la clase obrera.

"La Comuna estaba formada por los consejeros municipales elegidos por sufragio universal en los diversos distritos de la ciudad. Eran responsables y revocables en todo momento. La mayoría de sus miembros eran, naturalmente, obreros o representantes reconocidos de la clase obrera. La Comuna no había de ser un organismo parlamentario, sino una corporación de trabajo, ejecutiva y legislativa al mismo tiempo" (Marx).

"Los socialistas, a cuya cabeza figuraba mi amigo Varlin, no eran más que una minoría en la Comuna; todo lo más, 14 ó 15. El resto eran jacobinos... Estos jacobinos generosos, cuyo jefe es Delecluze, un gran hombre y un gran espíritu, quieren el triunfo de la revolución por encima de todo, y como no hay revolución sin masas populares, y como estas masas poseen hoy en día, en el más alto grado, el instinto socialista y no pueden hacer sino una revolución económica y social, los jacobinos de buena fe se dejaron llevar de la lógica del movimiento revolucionario y se convirtieron en socialistas a pesar de sí mismos... Su proceder es tanto más excusable cuanto que el pueblo de París, bajo cuya influencia han obrado y actuado, es socialista mucho más por instinto que por reflexión. Sus aspiraciones son socialistas, pero sus ideas o, mejor dicho, sus representaciones tradicionales no han llegado todavía a esta altura... Por otra parte, la situación de la minoría socialista, convencida de que formaba parte de la Comuna, era excesivamente difícil... Tuvieron que oponer un gobierno y un ejército revolucionario al gobierno y al ejército de Versalles, es decir, para combatir la reacción monárquica y clerical debieron, olvidando o sacrificando las primeras condiciones del socialismo revolucionario, organizarse como reacción jacobina" (Bakunin).

Sin negar estas características de la Comuna, Bakunin tiende a justificarlas y no a aplaudirlas.

Tanto Marx como Bakunin imaginan de manera semejante el futuro posible de la Comuna, pero sus comentarios revelan centros de interés divergentes. Bakunin pone el acento en la forma de llevar a cabo la revolución, de cuya pureza derivará espontáneamente un nuevo orden. Para Marx no importa el procedimiento, sino el contenido de la revolución.

"En el breve esbozo de organización nacional que la Comuna no tuvo tiempo de desarrollar se dice claramente que la Comuna habría de ser la forma política que revistiese hasta la aldea más pequeña del país. Las comunas rurales de cada distrito administrarían sus asuntos colectivos por medio de una asamblea de delegados en la capital del distrito correspondiente y estas asambleas, a su vez, enviarían diputados a la asamblea nacional de delegados de París, entendiéndose que todos los delegados serían revocables en todo momento y se hallarían obligados por las instrucciones de sus electores. Las pocas pero importantes funciones que aún quedarían para un gobierno central no se suprimirían, como se ha dicho falseando de intento la verdad, sino que serían desempeñadas por agentes comunales y, por tanto, estrictamente responsables. No se trataba de destruir la unidad de la nación, sino, por el contrario, de organizarla mediante un régimen comunal, convirtiéndola en una realidad al destruir el poder del estado, que pretendía ser la encarnación de aquella unidad, independiente y situado por encima de la nación misma, en cuyo cuerpo no era más que una excrecencia parasitaria" (Marx).

"La abolición de la Iglesia y el estado es la primera e indispensable condición para la liberación real de la sociedad; sólo después de ella, la sociedad puede y debe organizarse de otra manera, pero no de arriba abajo y según el plan ideal soñado por los sabios o los inteligentes o impuesto por la fuerza de una dictadura o incluso de una asamblea nacional elegida por sufragio universal... La futura organización social debe construirse de abajo arriba por la unión libre de los trabajadores primero en las asociaciones, luego en las comunas y regiones, en la nación más tarde y, finalmente, en una gran federación universal e internacional. Sólo entonces se realizará el verdadero y vivificante orden de la libertad y la felicidad general, un orden que, lejos de renegar, afirma y armoniza los intereses individuales y sociales" (Bakunin).

Las opiniones de Marx sobre la Comuna se han considerado un giro libertario en su pensamiento. En realidad, revelan la extrema flexibilidad de Marx en cuanto a la forma de llevar a cabo la revolución.

No planearon un estado socialista organizado para sustituir al Segundo Imperio napoleónico: soñaron con una federación de *communes* o municipios entre los que la *Commune* de París desempeñaría un papel principal. Sin embargo, no puede criticarse excesivamente a los *communards* de París de 1870. Su tentativa duró sólo dos meses: del 18 de marzo al 28 de mayo. Tuvieron que hacer frente al gobierno provisional que se estableció en Versalles después de firmar la paz con los alemanes. Pero la destrucción que ocasionó



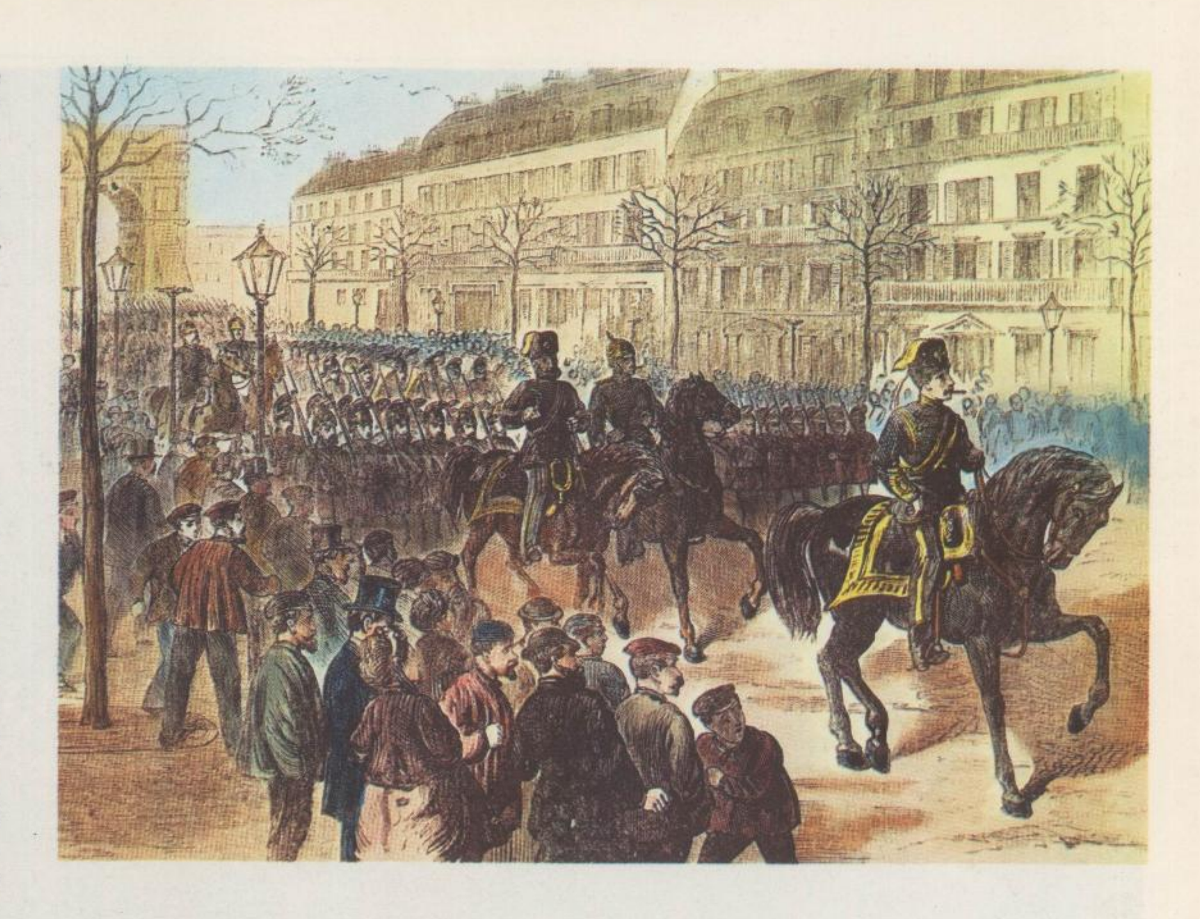
Adolphe Thiers recibe la adhesión de la Cámara de Diputados en 1876 (Museo de Versalles). Político e historiador, Thiers fue nombrado presidente del Poder Ejecutivo tras la derrota de Sedán y después presidente de la República por tres años. Sometió a la Comuna y consiguió que los alemanes abandonaran Francia y pagar las indemnizaciones de guerra. Aunque los pretendientes de la restauración borbónica lograron separarlo del poder, hay que reconocer que sentó las bases de la Tercera República.

la *Commune* de París fue enorme, y su represión alcanzó caracteres sangrientos en extremo. Cuarenta mil *communards* fueron aprehendidos, muchos deportados o fusilados y la amnistía total no se concedió por los republicanos burgueses hasta 1880, diez años después de la intentona.

Para conseguir tales resultados, Marx no podía apoyar la violencia. En naciones donde la burguesía llamada liberal iba envolviéndose en el sudario del régimen capitalista que ella misma se había tejido, lo más juicioso, lo más científico para el proletariado era mantenerse en la posición de víctima y de fiscal, y con la prensa y los debates parlamentarios poner en evidencia el mal y su remedio. Marx nunca fue al Parlamento. En realidad, la emigración le había dejado sin derechos electorales, pero aprobó y aconsejó a los que se esforzaban en conseguir reducción de horas de trabajo, aumento de salario, seguros para obreros, reglamentación de la labor de mujeres y niños, enseñanza gratuita y obligatoria, y otras conquistas del "partido" en los diferentes parlamentos de Europa.

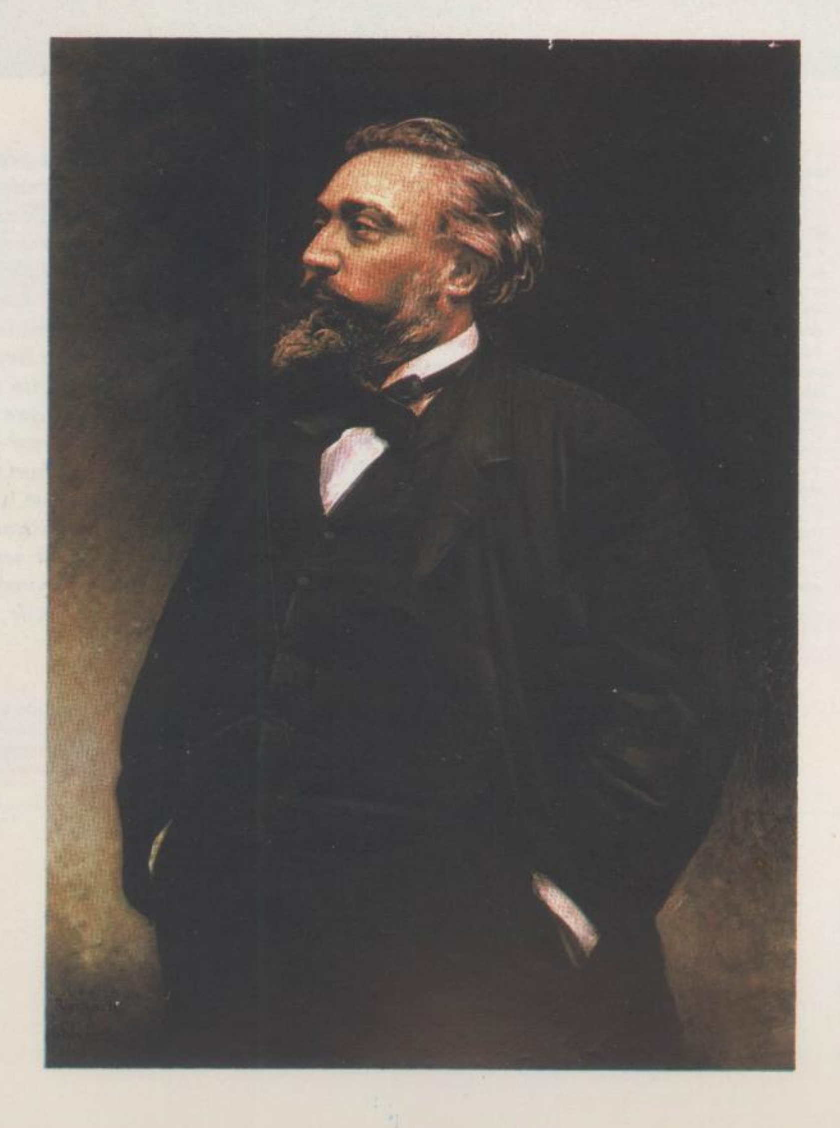
Marx, el fundador del socialismo científico, nació en 1818 de una familia burguesa de judíos conversos. Su padre, abogado de talento en Tréveris, pudo dar al joven Karl educación universitaria. Después de haber estudiado en Berlín y Roma, se graduó de doctor en Derecho por la universidad de Jena el año 1841. Casado con la hija de un barón arruinado, Ludwig von Westphalen, Marx nunca tuvo bufete; como periodista y escritor ganó lo poco que ganó. Sus primeros artículos aparecieron en la *Rheinische Zeitung*, de Colonia; allí tuvo ocasión de entrar en contacto con Friedrich Engels, que fue su colaborador. Engels era hijo de un fabricante de tejidos en Barmen, y al mismo tiempo socio de una fábrica de Manchester. Los intereses de su padre, divididos entre Alemania e Inglaterra, habían hecho a Engels algo cosmopolita, en todo caso mezcla de inglés y alemán muy a propósito para la labor socialista y para entenderse con el fundador de la *Internacional*.

Desde sus primeros escritos en Colonia, Marx se había manifestado socialista, y tan radical, que se le hizo imposible la permanencia en Alemania. De París y Bruselas fue también expulsado por imposición de los delegados del gobierno prusiano. Desde 1846 hasta su muerte en 1883, Marx tuvo que ra-



Entrada de los alemanes en París el 18 de enero de 1871 (Biblioteca Nacional, París). Tras la capitulación de la ciudad, los alemanes ocuparon la parte occidental de París, mientras las masas obreras y la Guardia Nacional se atrincheraron en Montmartre.

Léon Gambetta, por R. Bonnat (Museo Histórico de Versalles). Este notable político francés, militando en la oposición a Napoleón III, intervino activamente en la proclamación de la Tercera República. Abandonó París en globo e intentó galvanizar la resistencia francesa, pero no encontró apoyo en los elementos militares. Dimitió sus cargos cuando Thiers firmó el armisticio con los alemanes. Más adelante fue presidente de la Cámara y del gobierno.



dicar en Londres y allí permaneció, con la excepción de rápidos viajes al continente. Pero sostenía correspondencia activísima con todos los directores del movimiento socialista, y los que pasaban por Londres no dejaban de visitar a Marx, que tenía un casi exagerado gusto por la hospitalidad debida a los correligionarios del "partido".

El partido socialista puede decirse que se fundó en Londres por la circunstancia de haberse establecido allí Marx y Engels. Al llegar Marx existía en Londres sólo una sociedad de obreros alemanes con un pequeño local en Great Windmill Street. En aquel inocente y modesto *Arbeiter Bildungsverein,* por obra de Marx y sus amigos se reunió en 1847 el Primer Congreso Internacional Socialista.

El Congreso comisionó a Marx y a Engels para que expusieran en un manifiesto las ideas de los reunidos. El Manifiesto de 1847 se ha comparado al primer vagido del recién nacido, pero en realidad es un grito de guerra. Empieza con un párrafo amenazador, que hizo sonreír a quienes lo leyeron hace casi cien años, pero que se ha aproximado mucho a la realidad.

Acaba con este otro: "Tiemblen las clases dominadoras ante la perspectiva de la revolución económica. Los proletarios no tienen para perder más que cadenas y, en cambio, todo un mundo para ganar. ¡Obreros de todos los países, uníos!".

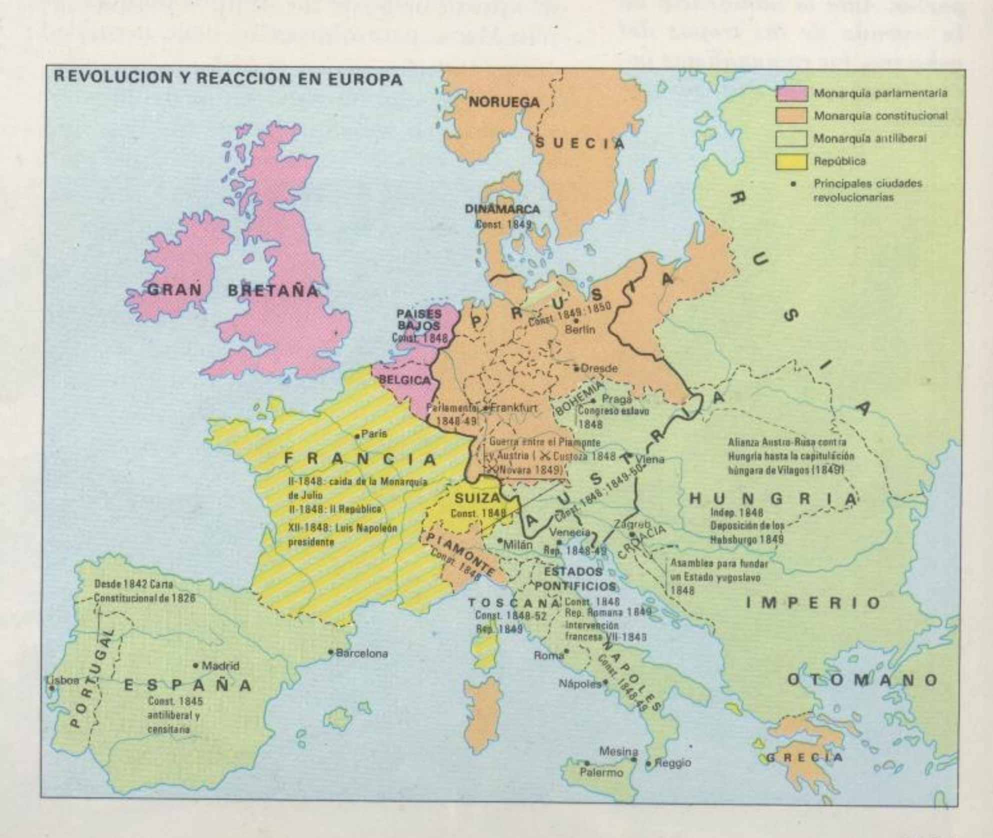
Este tono demagógico del principio y el

Léon Gambetta aclamado a su llegada a Tours, el 13 de octubre de 1870 (Biblioteca Nacional, París).

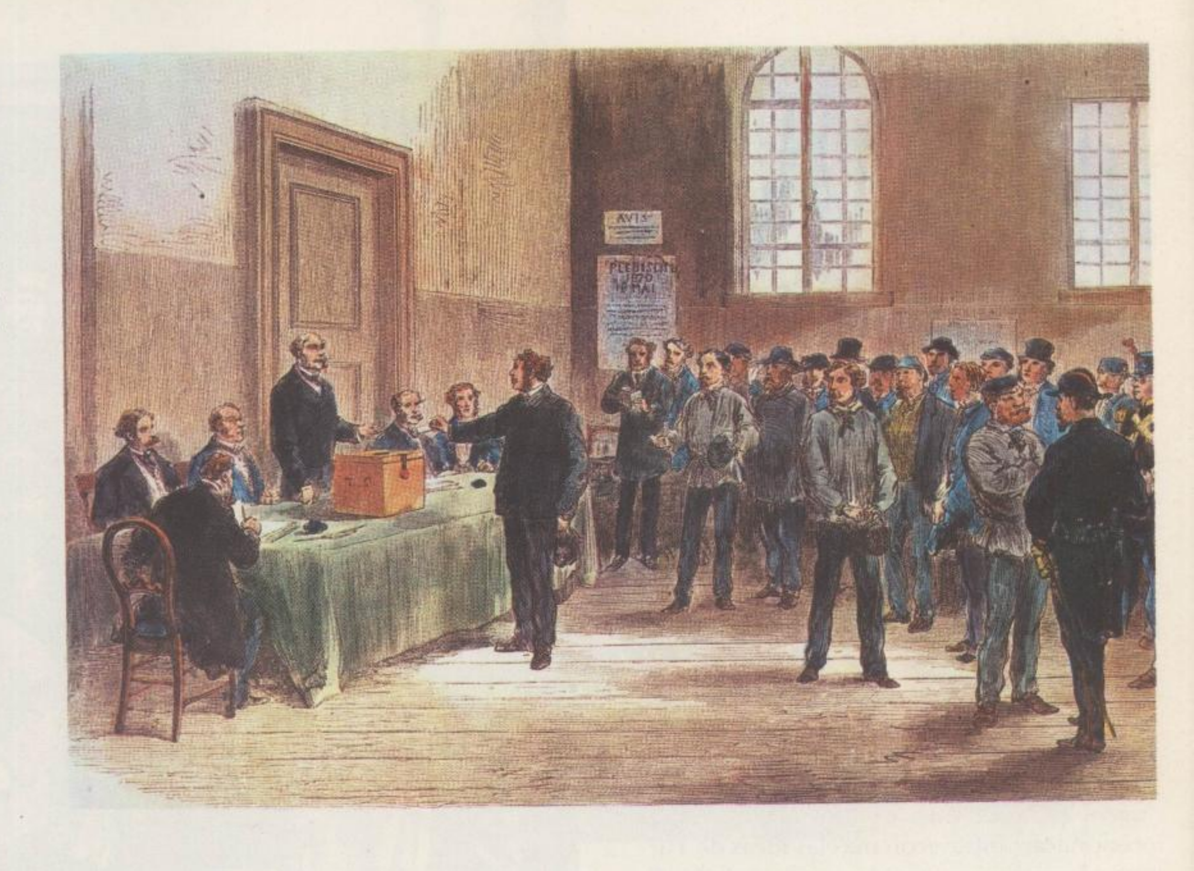
final no domina en el resto del Manifiesto. Marx reconoce que la burguesía tuvo que tomar el poder por la fatalidad de la evolución económica. El capitalismo burgués era la etapa intermedia entre el régimen del trabajo antiguo y la organización socialista. Las máquinas inventadas a fines del siglo XVIII, sobre todo la máquina de vapor, hicieron imprescindible la concentración de los obreros en grandes establecimientos industriales, acabando con los gremios cerrados, aprendizaje y talleres individuales. Marx insinúa que la Revolución inglesa no fue, como se cree, un levantamiento contra el poder absoluto; fue un movimiento algo instintivo contra las restricciones del comercio que proyectaban el monarca y sus amigos. Para Marx, la Revolución francesa tuvo exclusivamente causas económicas; influyeron más las ideas de Turgot y las máquinas que los escritos de los filósofos. Sea como fuere, el resultado de la Revolución francesa fue que la burguesía sustituyó a los aristócratas, y el obrero asalariado fue para el burgués lo que el siervo de la gleba para el señor feudal.

La burguesía se aprovechó del poder para constituir el estado capitalista, y con los nuevos inventos y las facilidades de comunicación consiguió resultados casi admirables y Marx hace justicia a sus grandes conquistas. "La burguesía ha logrado resultados que superan a los de Egipto con sus pirámides, a los de Roma con sus acueductos y a los de la Edad Media con sus catedrales. La burguesía ha llevado a buen término empresas que dejan tamañitas a las cruzadas.

"La necesidad de conquistar nuevos mercados ha lanzado a la burguesía a establecerse en los lugares más remotos de la tierra. La producción y los objetos de consumo han tomado carácter cosmopolita. Las industrias excesivamente nacionales están en camino de desaparecer. En lugar de satisfacernos con artículos del país, nos hemos inventado necesidades que requieren productos de tierras y climas exóticos... La burguesía ha construido enormes ciudades, y llevando al campesino a las urbes, le ha educado y rescatado de la sórdida vida rural; para acumular medios de producción ha tenido que centralizar y uniformar los antiguos reinos. Las provincias semiindependientes, con sus innumerables tipos de legislación y de contribuciones, la burguesía las ha fundido en un solo gobierno, un mismo código civil, una frontera.



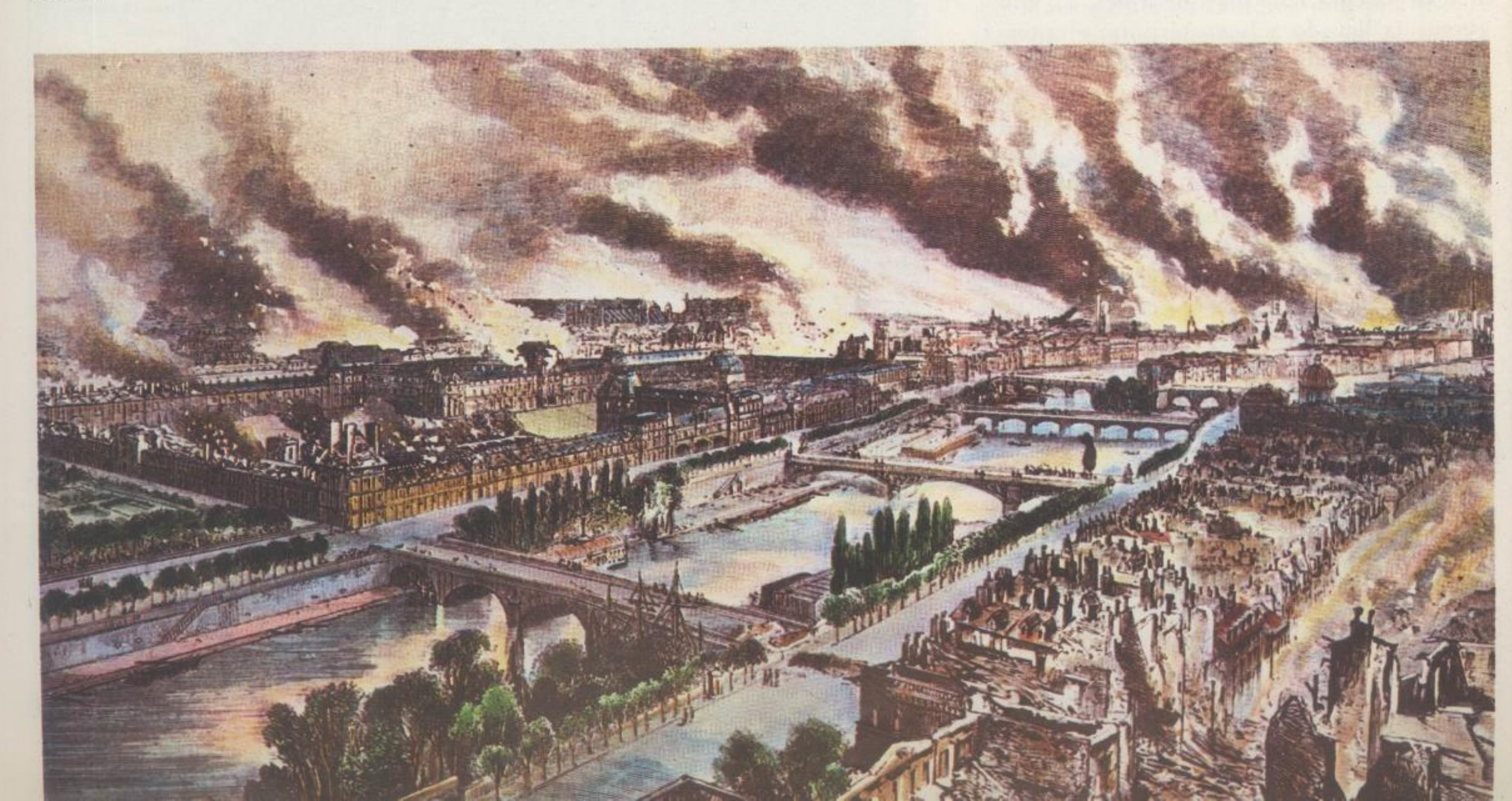
Iniciada la revolución de París el 18 de marzo de 1871 con el fusilamiento de dos generales de las autoridades de Versalles, el día 26 se realizaron elecciones para constituir una Comuna. En este grabado iluminado se representa la votación en el arrabal Saint-Antoine (Biblioteca Nacional, París).



Los incendios de París del 21 al 26 de mayo de 1871 (Biblioteca Nacional, París). Las hostilidades entre la Comuna y el gobierno de Versalles desembocaron en terribles violencias y se cometieron numerosos atropellos por ambas partes. Ante la inminencia de la entrada de las tropas del gobierno, los comunalistas incendiaron varios edificios públicos.

En menos de un siglo ha conseguido resultados superiores a los de las precedentes generaciones. Ha sujetado las fuerzas de la naturaleza, ha canalizado ríos y ha roturado continentes... ¿Quién, antes de ahora, podía atreverse a presentir tales victorias de la Humanidad adormecida?"

Por desgracia, la burguesía se ve privada de aprovecharse de sus triunfos porque, repite Marx, para obtenerlos tiene necesidad de acumular capital. "El origen del capital es la industria –dice Karl Marx–. El capital no ha comenzado a existir hasta el siglo XVI, siendo su punto de partida la circulación de las mercancías. Se ha mostrado desde un principio bajo la forma de dinero que aún tiene hoy, y la acumulación primitiva –régimen colonial, deudas públicas, haciendas modernas y sistemas proteccionistas, etc.– descansa en el empleo de la fuerza."





Ataque realizado por las tropas del gobierno de Versalles contra la calle Rivoli, el 23 de mayo de 1871, por Gustave R. Boulanger (Museo Carnavalet, París).

La mejor crítica que puede hacerse de esta teoría es copiar unos párrafos de economista tan ponderado como Garriguet, quien la refuta así: "El capital ha comenzado a existir desde que un hombre, en lugar de consumir en sus necesidades y placeres el producto íntegro de su trabajo, ha reservado una cantidad para emplearla en obtener un nuevo producto; desde que un cazador, por ejemplo, en vez de destinar a su uso toda su caza, guardó parte de ella para formar ganado o cría. Por esto el capital es casi tan antiguo sobre la tierra como el hombre, y no puede sostenerse que afecte siempre la forma de dinero, pues también ha tenido y tiene la de instrumentos de cultivo, granos, frutas, ganados de animales útiles... Esto en su origen y hoy, ya que los fondos de un comerciante son mercancías que están por todos los caminos, por los mares, por los almacenes. Un fabricante tiene su capital bajo la forma de materias primas en diferentes grados de transformación: útiles, instrumentos...".

En cuanto a la obra *El capital* y el sistema empleado en ella, "es tan abstracto –dice el economista belga Laveleye– como un libro de matemáticas y su lectura es muy fatigosa. Es un verdadero rompecabezas, pues se sirve de palabras tomadas en un sentido particular, formulando su autor, de deducción en deducción, todo un sistema basado únicamente en definiciones e hipótesis. Se necesita mantener el espíritu en una tensión constante para seguir razonamientos cuya característica es el empleo de palabras en un sentido muy diferente de su significado habitual. *El capital* es un ejemplo notable del abuso del método deductivo. Parte de determinados axiomas y fórmulas que considera como rigurosamente exactos, deduce de ellos las consecuencias que parecen encerrar, y de esta manera llega a conclusiones que presenta tan irrefutables como las de las ciencias exactas. Nada hay más engañoso que este método que ha seducido a tantas mentes escogidas. En las ciencias morales y políticas, las palabras no llegan nunca a reflejar con precisión los infinitos matices de la realidad; tal finalidad sólo la pueden conseguir las matemáticas, porque especulan sobre datos abstractos y rigurosamente determinados".

El pensamiento de Marx se hace derivar de Fichte y Hegel, mas para éstos las ideas tenían más importancia que los hechos. Hegel decía que la idea de un patán es más importante para la Humanidad que cualquier otro hecho natural del universo. Es difícil comprender cómo este idealismo se podía

EL DESARROLLO DE LOS PARTIDOS SOCIALISTAS

La experiencia de la Primera Internacional, con momentos cruciales de la *Commune* en 1871 (sin olvidar las realidades hispanas de 1873, más o menos mezcladas con los fenómenos de las actividades federales y especialmente cantonalistas), pareció en principio favorecer a las corrientes bakuninistas frente a las líneas marxistas. Sin embargo, la serenidad de la minoría marxista, que, por ejemplo, supo controlar el Consejo General de la Internacional permitiría posteriormente (coincidiendo con las querellas de bakuninistas y análogos, así como con la represión conservadora, especialmente dirigida al activismo anarcoide, orquestada más o menos casualmente en diversos países a lo largo de la década 1870-1880, que, tal como muy bien ha estudiado J. Lhomme, presenciaría en todo Occidente la instalación o consolidación definitiva por entonces en el poder), permitiría, insistimos, la paulatina pero constante aglutinación y creación de cuadros marxistas, que en la misma década de los 70-80 se atrevieron ya a crear y poner en marcha sus primeros partidos de clase.

El socialismo moderno en muchos países (y muchos años antes de las tesis "revolucionistas" de Kautsky y de la de escisión, en el siglo XX, entre la II y la III Internacional) recibiría el nombre de partido socialdemócrata. Modestos quizá muchos de ellos en su nacimiento y en sus primeras etapas, pusieron los jalones para un importante movimiento, una destacada corriente que iba a pesar, cada vez en mayor proporción, en la vida electoral municipal y parlamentaria de muchos países.

De esta forma, sin renunciar a sus radicales objetivos transformadores, los partidos socialistas de diversos países del mundo occidental –paralelamente a la organización de sus secuelas y anexos sindicales– iban a participar cada vez más activamente en la vida parlamentaria de los diversos estados. Así constituyeron, al mismo tiempo y en aparente paradoja, elementos de fricción y de conflicto que se encuadrarían tras las márgenes o cauces del sistema electoral y, al propio tiempo, tal como quedaría, por ejemplo, muy claramente patente al desencadenarse en 1914 la primera Guerra Mundial, serían, a través de los mencionados cauces electorales y parlamentarios, un poderoso núcleo, un eficaz elemento de integración social.

En estos resultados, que, por otro lado, no conseguirían menguar la penetración ideológica y operativa de un movimiento político de clase, los políticos conservadores, los grandes dirigentes, que defendían los intereses poderosísimos de un sistema económico-social, consiguieron –con la participación y antes con la tolerancia y aceptación de los partidos socialistas– interesar profundamente en su juego político a grandes masas trabajadoras. Un estira y afloja, una dialéctica difícil, en fin, que demostraría grandes posibilidades y daría muchos y muy distintos resultados en el futuro.

A pesar de que los núcleos ácratas (bakuninistas y análogos) seguirían utilizando la denominación y determinadas formas de organización, la Primera Internacional oficial, controlada por la minoría marxista en el año 1874, muy pronto se pusieron en funcionamiento las bases del moderno complejo de partidos socialistas de Occidente. Por ejemplo, tras las sesiones del 22 al 25 de mayo de 1875, los partidos obreros del II Reich, reunidos en Gotha, pusieron los cimientos de lo que, pocos años después, sería el poderoso partido socialdemócrata alemán, que tomaría forma definitiva en el año 1891 al ser aprobado el programa de Erfurt (elaborado por el entonces todavía militante ortodoxo Kautsky) en un Congreso General del mencionado partido socialdemócrata germano.

Paralelamente, en España el primitivo grupo "de los nueve", denominado más tarde "de los cuarenta" y que contó como dirigente principal a Pablo Iglesias, pasó a fundar el primer partido marxista hispano en 1879 (denominándolo primeramente Partido Democrático Obrero Español –paralelo al concepto de Partido Socialdemócrata, antes apuntado–) y que, a partir de 1888 (año de la creación oficial asimismo de su órgano sindical, la U.G.T.), se denominaría ya definitivamente como Partido Socialista Obrero Español (P.S.O.E.).

En 1883, Plekhanov y Akelrod fundaban el partido marxista ruso, de vida agitada y de importancia crucial para el futuro del socialismo; por otra parte, consolidadas ya las *Trade Unions* británicas en 1888, Keir Hardie procedía a la fundación del partido laborista de Escocia, primer pivote del importante movimiento laborista británico que en 1893 celebraba solemnemente su primer congreso general, aunque será preciso esperar al año 1900 para asistir a la constitución oficial y definitiva tanto del *Labour Party* como de la Federación general de las *Trade Unions*.

Asimismo, en 1905, después de diversos ensayos, se fundó definitivamente el partido socialista de Francia, conocido con el pomposo y complejo nombre de Sección francesa de la Internacional Obrera (S.F.I.O.). De esta forma, más o menos paulatinamente, con mayor o menor importancia, influencia, ímpetu y fuerza, irían surgiendo otros partidos socialistas, especialmente tras la reconstitución de los órganos de coordinación internacional al fundarse en 1889 en la ciudad de París la Segunda Internacional obrera, que celebró aquel mismo año su Primer Congreso General.

Por otra parte, es evidente que las tentativas integradoras y atomizadoras que acompañaron buena parte de la "benevolencia" de los grupos bienpensantes y conservadores comenzaron a obtener sus frutos, incluso en estas primeras etapas de vida de los modernos partidos socialistas obreros, especialmente en el II Reich alemán, donde el socialismo iba adquiriendo gran fuerza e importancia. Así, dejando al margen el caso, ya conocido, de la peculiar heterodoxia respecto al marxismo de los miembros del *Labour Party* (adheridos en su mayor parte a las lucubraciones del grupo de la escuela fabiana, Webb, etc.), Alemania presentará muy pronto el ejemplo de la posibilidad de disensiones en el seno de los partidos y movimientos obreros, concretamente en el seno del socialismo.

En 1899 comienza a plantearse en Alemania la crisis del revisionismo (dividiendo a los militantes socialistas en "revolucionarios" y "evolucionistas"), que llegaría a su punto máximo en Dresde en el año 1903, en el congreso del Partido Socialdemócrata, frente a las predicaciones del revisionista Bernstein y de sus amigos, en que trató de conseguir un acuerdo de compromiso (que condenaba formalmente el revisionismo, pero permitía a sus seguidores permanecer en el Partido).

Mientras casos parecidos se habían planteado en otros países, especialmente en Francia, el compromiso germano se manifestó como harto precario, de forma que en el curso del año siguiente, en 1904, el Congreso de Bremen contempló un nuevo ataque, dirigido ahora por la izquierda (con Karl Liebknecht y Clara) al pedir una decisión sin ambigüedades respecto a la huelga general revolucionaria. El problema de la oposición entre la izquierda socialista y el revisionismo socialdemócrata se planteó de forma definitiva y feroz el año 1910, cuando Rosa Luxemburg tomó la iniciativa izquierdista y obligó a Kautsky a defenderse de los fuertes ataques tanto de la derecha revisionista de Bernstein, Vollmar y otros adheridos como de los surgidos de la izquierda. Entre los rusos, por otra parte, se realizó en 1903 la escisión entre mencheviques y bolcheviques durante el Congreso de Londres... Tal era, en definitiva, el complejo panorama que en los umbrales de la primera Guerra Mundial presentaban los socialismos modernos.

A. J.



Fusilamiento en masa de los "communards" en el cuartel de Lobau de París, según grabado de "Le Monde Illustré". La represión ejercida sobre los partidarios de la Comuna fue muy sangrienta. Quizá basado en esta experiencia, Marx no consideraba que el estado capitalista pudiera derribarse por revueltas y motines.

Karl Marx y Friedrich Engels (Museo de Berlín Oriental). El encuentro de estos dos pensadores en Londres dio origen al nacimiento del partido socialista y a la reunión del Primer Congreso Internacional Socialista.

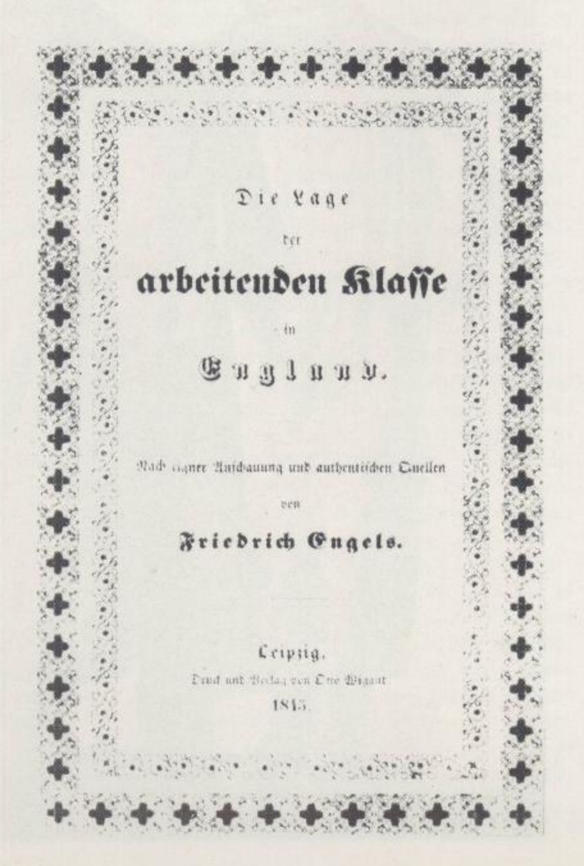
conciliar con la casi obsesión de Marx postulando que las circunstancias físicas o el progreso y las realidades económicas obligan a transformar la ética, la estética y la política en cada época. Marx deriva de Fichte y Hegel sólo en lo de creer que no hay nada permanente, que el mundo es un continuo devenir y que a un tipo de sociedad y de economía ha de suceder inevitablemente otro tipo de trabajo y de organización. Por esto los grandes inspiradores de Marx fueron Adam Smith, Ricardo, Henry George con el impuesto único, y sobre todo Darwin con sus ideas de evolución. En las postrimerías, Marx, enfermo, declaraba que nada le hacía tan feliz como oír comparar su libro *El Capital* con el *Origen de las especies,* de Darwin.

El socialismo se lanzó a la política militante primeramente en Alemania. Puede decirse que su fundador fue el singularísimo agitador romántico Ferdinand de Lassalle. Nacido en Breslau en 1825, también de familia judía, estudió en Berlín, donde enseñaba entonces Hegel. A los veinte años se convirtió en paladín de la condesa Hatzfeld, querellada con el marido. El joven abogado judío consideró el caso de la condesa Hatzfeld como ejemplo de atropello de los poderosos contra una mujer desamparada. Lassalle demandó al conde ante treinta y seis diferentes tribunales de Alemania; escandalizó publicando sus discursos en defensa de



BIBLIOGRAFIA DE KARL MARX

1841	*Diferencias entre la filosofía natural de Demócrito y la de Epicuro.*
1842-1843	Colaboraciones en la "Rheinische Zeitung".
1843	*Introducción a la crítica de la filosofía del derecho, de Hegel.*
	La cuestión judía.
1844	Colaboraciones en "Vorwärts", de París. *El rey de Prusia y la reforma social.*
	Manuscritos sobre economía y filosofía.
1845	*La Sagrada Familia.*
	Tesis sobre Feuerbach.
1845-1846	*La ideología alemana.*
1845-1847	Colaboraciones en "Westphalisches Dampboot" y "Gesellschafts Spiegel".
1847	Colaboraciones en la "Neue Rheinische Zeitung" *(La crítica moralizante y la moral crítica).*
	Miseria de la filosofía.
	Discurso sobre el proteccionismo, el libre comercio y las clases trabajadoras.
1848	*Manifiesto del partido comunista.*
1849	Colaboraciones en la "Neue Rheinische Zeitung" *(Trabajo asalariado y capital).*
1850	Colaboraciones en la "Neue Rheinische Zeitung" *(La lucha de clases en Francia).*
1851	*El 18 de Brumario de Luis Napoleón Bonaparte.*
1851-1862	Colaboraciones en "New Work Tribune" y "People's Paper" *(Revolución y contrarrevolución en Alemania en 1848).*
1853	*La eterna cuestión.*
	Palmerston y Rusia.
1854	*¿Qué ha hecho Palmerston?*
1854-1855	Colaboraciones en "Neue Oder Zeitung", de Breslau.
1856-1858	Colaboraciones en "Free Press" y "Diplomatic Review" *(Historia diplomática secreta del siglo* XVIII*; Biografía de Lord Palmerston).*
1859	*Contribución a la crítica de la economía política.*
	Colaboraciones en "Das Volk", de Londres, del que Marx era director.
1860	Artículos para "The New American Cyclopaedia" *(Bernadotte, Bolívar, Blücher).*
	"Herr Vogt".
1861-1862	Colaboraciones en "Die Presse", de Viena.
1864	*Discurso y normas provisionales de la Asociación internacional de trabajadores.*
1865	Artículo necrológico de Proudhon en "Der Sozialdemokrat".
	Salario, precio y beneficio.
1867	*El Capital. Crítica de la economía política* (volumen I).
1867-1873	Manifiestos, programas y declaraciones del Consejo General de la Internacional *(La guerra civil en Francia; Informes y documentos sobre la alianza de los demócratas socialistas y la Asociación Internacional de trabajadores).*
1875	*Crítica al programa de Gotha.*
1877	*Carta a Mikhailovski sobre el desarrollo económico de Rusia.*
	Colaboración en el "Anti-Dühring", de Engels.
1882	*Notas marginales sobre A. Wagner.*



Die Lage

der

arbeitenden Klasse

in

England.

Nach eigner Anschauung und authentischen Quellen

von

Friedrich Engels.

Leipzig.

Druck und Verlag von Otto Wigand

1845.

Portada de la obra de Engels "Sobre la condición del obrero en Inglaterra".

la condesa, y de tal manera agobió al viejo aristócrata recalcitrante, que al fin tuvo que transigir traspasando una gran fortuna a la condesa. Lassalle recibió de ella una renta vitalicia de cuatro mil pesos anuales. Con esta pensión, Lassalle desplegó sus gustos de elegante demócrata y socialista. Llevó el partido a la calle con una agitación intelectual que nunca hubieran podido desarrollar Marx y sus amigos. Convenía al espíritu de Lassalle el triunfo ruidoso. Cada proceso que se le entablaba por sus intemperancias daba ocasión a que pronunciara otro discurso en defensa propia, que después corría impreso por toda Alemania. Lassalle tenía la aguda inteligencia del judío y empleaba argumentos sutiles, que dejaba embobados lo mismo al burgués que al obrero.

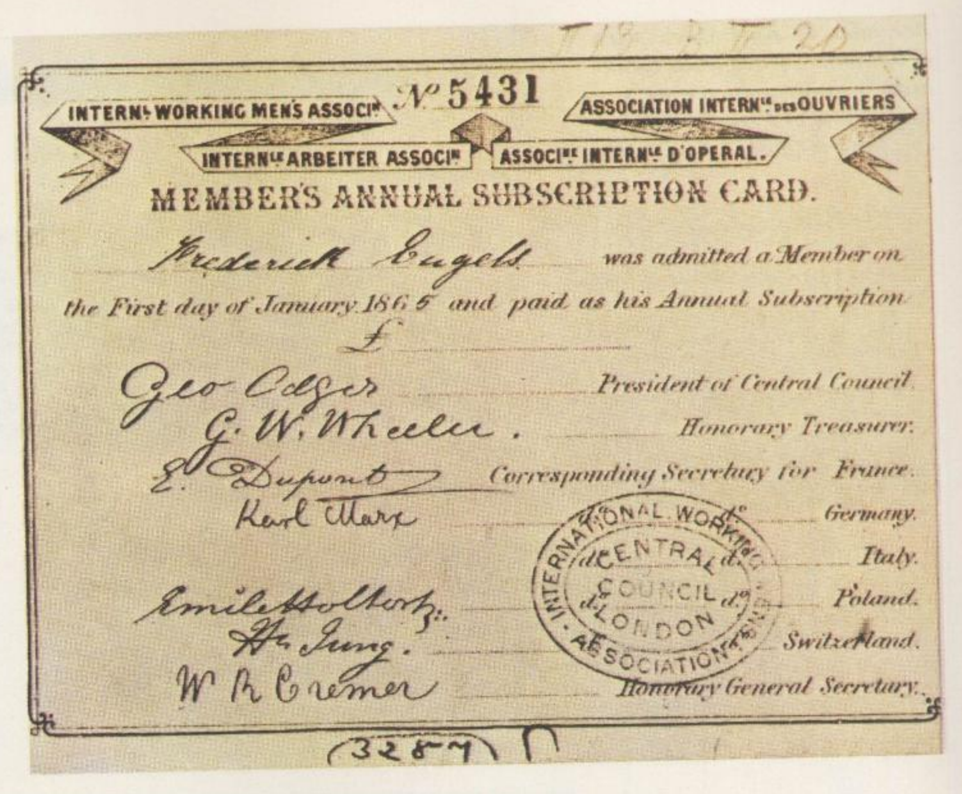
A pesar de su vanidad, petulancia –mejor dicho, elegancia– de maneras, Lassalle se mantuvo firme socialista. Su "fórmula" era la de fundar cooperativas socialistas con capital del estado. "¿No ha subvencionado el estado los ferrocarriles y otras industrias burguesas?... Con mil millones de marcos los obreros establecerían una industria indepen-

diente...” Marx juzgaba a Lassalle con benevolencia; lo creía agente utilísimo, pero nunca lo adoptó como colaborador ni Lassalle se hubiera resignado a este papel secundario. El que trató de aprovecharlo fue Bismarck; después de la muerte de Lassalle se supo que ambos habían tenido entrevistas nocturnas y secretas en 1863. Bismarck veía entonces en el socialismo una fuerza unificadora de Alemania, podía ser un partido nacional que colaborara con él desde la oposición. Lassalle sólo veía en Bismarck al gran hombre que sobresalía de la mediocridad de los políticos. Se creía destinado a ser su heredero canciller de un estado socialista. Comentando Bismarck quince años después sus entrevistas con Lassalle, estuvo casi cruel al recordarlas. Dijo que Lassalle hubiera podido ser un vecino agradable en una estación veraniega.

Pero en esta época, en 1878, Bismarck había cambiado de política respecto al socialismo. Ya no necesitaba su cooperación para unificar a Alemania: la guerra franco-prusiana había hecho el milagro. Al contrario, veía en el socialismo una fuerza perturbadora dentro del Imperio alemán ya constituido. Necesitaba calma para crear industrias y desarrollar su comercio. Además, los socialistas habían aparecido en el Parlamento y eran algo diferente de lo que se esperaba. En las elecciones de 1871 para el primer Reichstag los socialistas obtuvieron 102.000 votos. Uno de los elegidos, Liebknecht, era discípulo de Marx y había vivido en Londres quince años; el otro era un simple obrero tornero, Bebel, seducido por las ideas de Lassalle. Ambos se declararon socialistas revolucionarios; Bebel, con motivo de la *Commune* de París, hizo en pleno Reichstag las siguientes declaraciones: “Tened por seguro que el proletariado de toda Europa y todos los espíritus están atentos a lo que ocurre en París. Y si París y la *Commune* son aplastados, os advierto que esta derrota es sólo una escaramuza de avanzadas; es inevitable que el conflicto se extienda por todas las naciones. Vosotros oís solamente el rumor de los obreros prusianos que maldicen del lujo y la pereza de los de arriba, pero dentro de pocos años esta maldición atronará por doquier”. Las palabras de Bebel al abrir el fuego en el Reichstag probaban que el socialismo, aunque no pretendía en modo alguno suprimir las fronteras, se manifestaba francamente internacional en sus tácticas y principios, y esto tenía que producir forzosamente una notable disminución del patriotismo teutónico que acabaría por enojar a Bismarck.

El socialismo se propagó rápidamente. En las elecciones de 1874, los socialistas triplicaron los votos de 1871, y en las siguientes, de 1877, votaron 493.000 socialistas, eligiendo doce diputados. Bismarck no esperó ya más; aprovechando unos atentados anarquistas en los que había peligrado la vida del emperador, hizo declarar por el Reichstag al socialismo fuera de la ley. En pocos meses se dictaron condenas por más de mil años de presidio; se suprimieron 365 periódicos y publicaciones, se cerraron 217 sociedades y cinco cajas del partido fueron confiscadas. Doce años duró la persecución, pero los socialistas continuaron haciendo circular folletos clandestinos, y en las elecciones de 1881, en pleno período de represión, enviaron trece diputados al Reichstag, uno más de los que allí tenían antes de las leyes represivas. Ya desde aquel momento el partido *Sozialdemokrat* fue ganando electores; el año 1913 contaba con 110 diputados en un Reichstag de 397 miembros. Se contaba con una próxima mayoría.

Hoy nos sorprende la moderación de las demandas del socialismo alemán, sintetizadas en los llamados programas de Gotha (1875) y de Erfurt (1890). El programa de Gotha va precedido de un preámbulo que declara al trabajo origen de toda riqueza y reclama el traspaso a los obreros de los instrumentos y máquinas “monopolizados por la clase capitalista”...; pero mientras tanto exige como preliminares que hay que obtener por vías legales: sufragio universal, declaración de paz y guerra por el pueblo, servicio militar obligatorio para constituir una


INTERNL WORKING MEN'S ASSOCN — No 5431 — ASSOCIATION INTERNLE DES OUVRIERS

INTERNLE ARBEITER ASSOCN — ASSOCIONE INTERNLE D'OPERAI.

MEMBER'S ANNUAL SUBSCRIPTION CARD.

Frederick Engels was admitted a Member on the First day of January 1865 and paid as his Annual Subscription £

Geo Odger — President of Central Council

G. W. Wheeler — Honorary Treasurer

E. Dupont — Corresponding Secretary for France

Karl Marx — Germany

Italy

Emile Holtorp — Poland

H. Jung — Switzerland

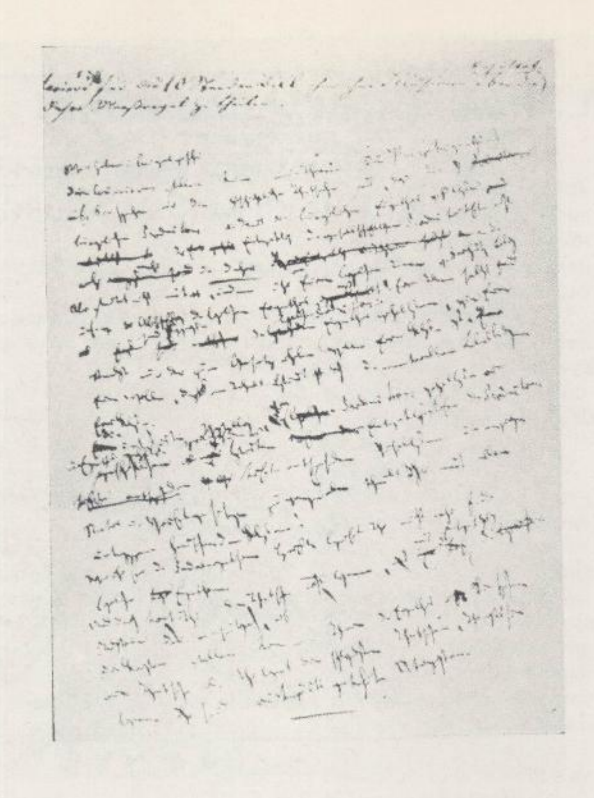
W R Cremer — Honorary General Secretary

INTERNATIONAL WORKING MEN'S ASSOCIATION — CENTRAL COUNCIL LONDON

(3287)

Carnet de Friedrich Engels como miembro de la Asociación Internacional de Trabajadores.

Borrador de Karl Marx para el llamado "Manifiesto comunista", encargado a éste y a Engels por el Primer Congreso Internacional Socialista.



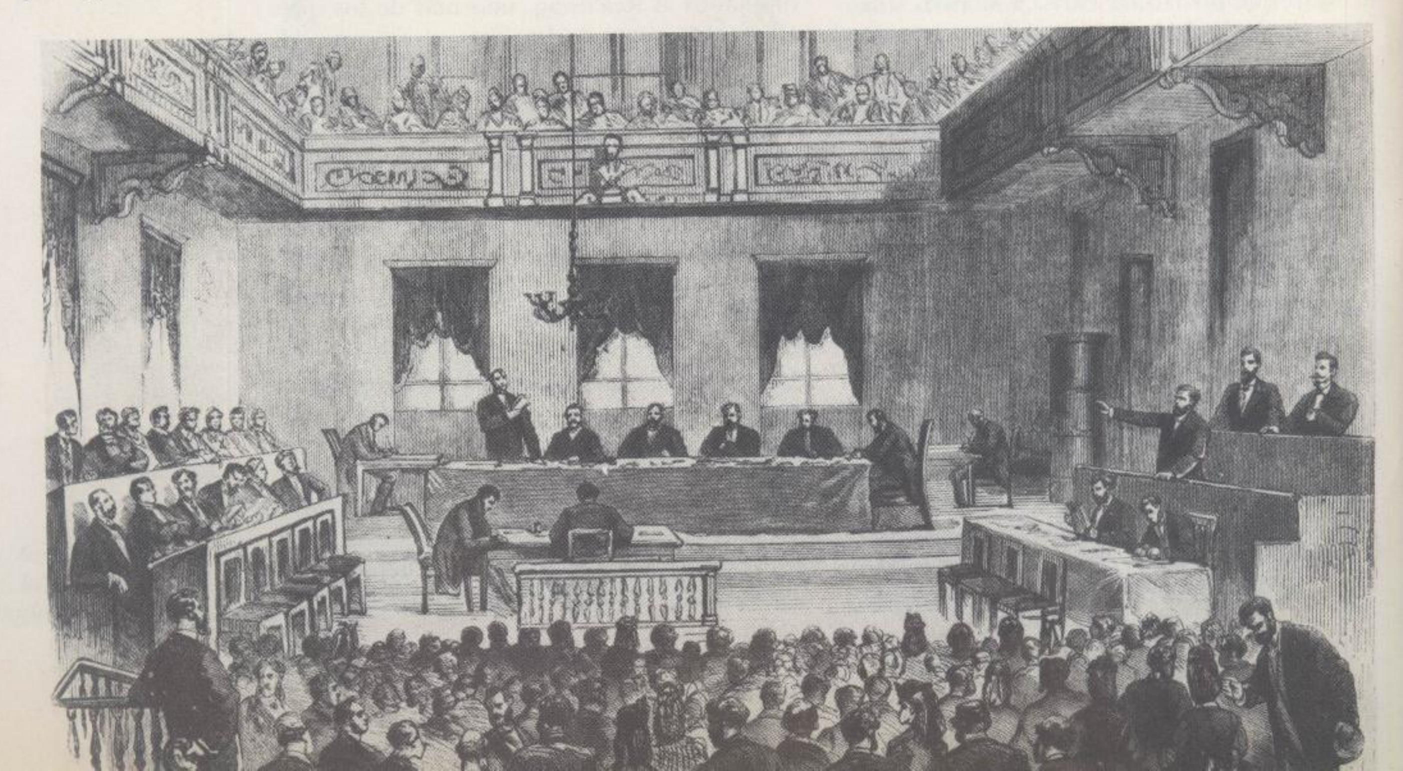
milicia y no un ejército, leyes uniformes, justicia gratuita, instrucción laica y obligatoria, impuesto único, descanso dominical, limitación de la jornada, higiene industrial y casas para obreros..., todo cosas que en su mayoría ya han ido concediendo los gobiernos de casi todos los países.

El programa de Erfurt no es mucho más avanzado. Al impuesto único sustituye el impuesto progresivo sobre la renta y las herencias para eliminar gradualmente el capital adquirido sin trabajo; exige la igualdad de derechos del hombre y la mujer; asistencia médica y entierro gratuitos; prohibición del trabajo de niños menores de catorce años, trabajo de noche y algunas otras ventajas ya vinculadas en los códigos civiles de la mayoría de los países civilizados. Pero los "programas de Gotha y Erfurt no eran más que el banderín de enganche para las luchas electorales, común denominador de todos los matices". Cuando los socialistas llegaban al Parlamento se apresuraban a declararlo sin ambages ni rodeos: "El porvenir es nuestro...", "nuestra fuerza es irresistible...", "pero no penséis que seamos bastante locos para caer en vuestras trampas y jugar con atentados y complots...". "No nos hagáis tampoco explicar cómo será el estado futuro", "esto es juego de niños...", "en esto se divertían algunos en los primeros días del partido", "hoy sólo sabemos que las ideas se harán carne", y "que para planear en detalle el estado socialista haría falta un centenar de Montesquieu"...

Algo parecido ocurría en Francia, sólo que, a causa probablemente de la sangre derramada cuando la *Commune,* se luchaba con más rencor y el partido estaba dividido en varias tendencias: la de los partidarios de la revolución violenta, casi anarquistas, capitaneados por Blanqui y después Hervé; la de los *ex communards,* que eran en realidad marxistas, con Jules Guesde y Marcel Semblat, y, por fin, la de los socialistas gubernamentales, dirigidos por Jean Jaurés. Siempre que los socialistas franceses iban a las elecciones unidos, obtenían casi la misma proporción de votos que lograban los socialdemócratas alemanes. En 1893 enviaron 40 diputados a la Cámara; en 1906 ya eran más de 50, y en 1914 fueron elegidos 103 socialistas.

Lassalle creía que la completa transformación del estado burgués en estado socia-

Proceso de Leipzig contra los socialistas alemanes, según grabado contemporáneo. El socialismo se inició en Alemania con Ferdinand Lassalle, y hasta Bismarck vio en esta fuerza algo capaz de aglutinar al Reich. Después de la guerra franco-prusiana varió de política y, a partir de 1877, se dedicó a perseguirlos.



EL CATOLICISMO SOCIAL HASTA 1848

Aunque la expresión aparece hacia 1890, Duroselle ha remontado los orígenes del catolicismo social a los primeros decenios del siglo XIX.

Más que una corriente de pensamiento o un movimiento organizado, el catolicismo social es el empeño común de distintas personalidades para las cuales cristianismo y reforma social no son términos opuestos.

LAMENNAIS (1785-1854). ¿ANTECESOR DEL CATOLICISMO SOCIAL?

Teócrata en sus principios, ecumenista y partidario de la unión de las Iglesias, Lamennais reconocerá que "la causa del pueblo es la causa santa, la causa de Dios". Crítico del estado y de las doctrinas marxistas, es un socialista sentimental que defiende el derecho de propiedad y desdeña entrar en pormenores respecto a las reformas posibles. Una vida ennoblecida por la fidelidad a sus ideas le dará renombre y asegurará la difusión de sus ideas entre el pueblo.

BUCHEZ (1796-1865). ¿UN SOCIALISTA CRISTIANO?

Buchez será sucesivamente carbonario, sansimoniano y católico. Su obra fundamental, "Historia parlamentaria de la Revolución francesa", intenta demostrar que los principios revolucionarios de 1789 derivan directamente del Evangelio. En el terreno práctico defenderá el derecho de asociación de los obreros y las cooperativas de producción. Buchez inspiró uno de los pocos periódicos enteramente escrito y dirigido por obreros, "L'Atelier" (1840-1850).

LA REVOLUCION DE 1848

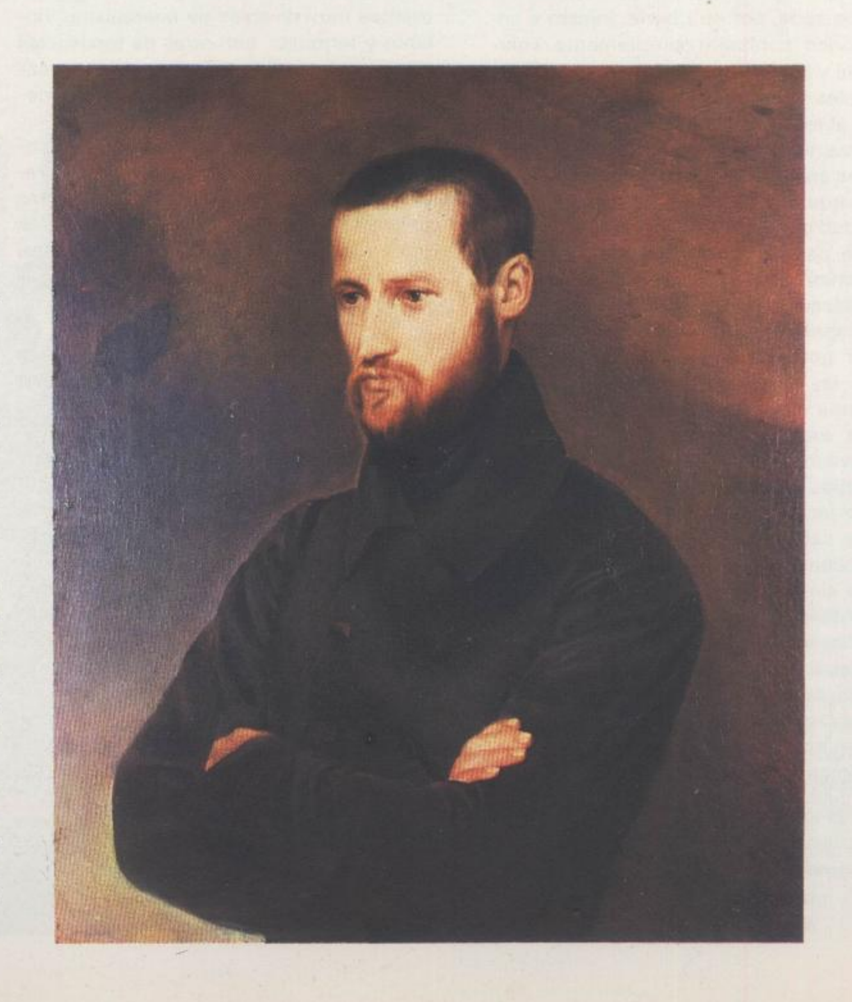
El cristianismo social alcanza su apogeo en la revolución de 1848. Los obispos franceses recomendaron al clero el apoyo sin reservas a la causa revolucionaria. Periódicos católicos como "L'Ere Nouvelle", que alcanzó una de las mayores tiradas de la época, compartirán y expondrán el credo de Buchez. En contrapartida, los temas cristianos tienen un lugar en la mitología revolucionaria y la liberación del pueblo no se considera reñida con su redención religiosa. Las elecciones populares de 1848 llevaron a Lamennais a una Asamblea Nacional de la que Buchez era presidente.

Las características de la obra de Lamennais y su ruptura con la Iglesia hicieron difícil la aparición de una escuela o de un grupo adepto a sus doctrinas.

Entre Lamennais y otros cristianos sociales como Alban de Villeneuve-Bargemont o La Tour du Pin, el único parentesco es una misma actitud crítica ante el liberalismo que tolera la miseria de las clases trabajadoras.

Al margen del catolicismo social nació en Francia el catolicismo liberal, que superó la adhesión de la Iglesia a la monarquía tradicional y las formas económicas agrarias para sumarse sin reservas al capitalismo triunfante. El compromiso entre católicos y liberales databa en Bélgica de la Constitución de 1831. En Alemania, sin embargo, el catolicismo liberal asume como propia la reforma social.

lista tardaría doscientos años, pero los franceses esperaban progresar más rápidamente. Guesde, en su discurso del 15 de junio de 1896, creía que "en 1898 tendremos ya aquí [en la Cámara] una mayoría colectivista, y entonces –añade Guesde–, no lo dudéis, iremos de prisa a la organización del nuevo régimen. Porque recordamos el consejo de Blanqui, quien decía que si un gobierno más o menos revolucionario logra mantenerse en el poder cuarenta y ocho horas y en este tiempo no llega a interesar su conservación a las masas, es un gobierno fracasado, un gobier-



Auguste Blanqui, por S. Serre (Museo Carnavalet, París). Este socialista francés había nacido en 1805 y desde 1824 pertenecía a una logia carbonaria; después fue organizador de sociedades secretas y líder socialista, en una corriente que de él tomó el nombre de "blanquismo". En 1870 sostuvo el esfuerzo de guerra del gobierno; parece que estaba destinado a ser el jefe de la Comuna, pero Thiers consiguió detenerlo; permaneció encarcelado hasta 1879. Era partidario de ocupar el poder por la acción violenta.

EN TORNO AL AUGE ANARQUISTA

Paralelamente al desarrollo de núcleos organizados, de forma más o menos fácil y, asimismo, con una legalidad mayor o menor, en el seno del sistema político de tipo parlamentario o análogo, tal como ocurre, por ejemplo, con la mayoría de los partidos socialistas a lo largo de los últimos decenios del siglo XIX, al propio tiempo que van adquiriendo mayor envergadura los variados aspectos de organización sindical, tanto la mayoría de los países europeos como las nuevas potencias como Estados Unidos asistirán en la misma época al alarmante desarrollo e incluso auge de diversas manifestaciones anarquistas, siguiendo el camino dualista y disgregador que se dibujara, de hecho, desde la época estricta de la Primera Internacional.

A fines de siglo, anarquismo y terrorismo aparecerán estrechamente unidos. Así, en España, Cataluña y sobre todo Barcelona vivirían una etapa especialmente violenta e insegura, que acabaría por otorgar a la capital de Cataluña el apelativo –internacionalmente conocido– de "la ciudad de las bombas". Y asimismo en España se producirían los lamentables acontecimientos de "La Mano Negra", paralelos y contemporáneos con la oleada de violencia, terror y atentados que se producirían en numerosos puntos del mundo occidental.

El auge del anarquismo es, pues, algo que debe ser tenido en cuenta, máxime cuando sería, por otra parte, injusto y antihistórico confundir simplemente anarquismo y terrorismo, ya que, además de las múltiples matizaciones que podrían hacerse al respecto, el observador de la época advierte que existen numerosas modalidades anarquistas o ácratas, ciertos tipos de anarquismos casi contradictorios en su totalidad con otros movimientos y corrientes de parecida denominación.

Examinando las realidades de las últimas décadas del siglo XIX y de las primeras etapas del presente, no es difícil observar que fueron muchas y muy complejas las motivaciones y realidades que, de forma más o menos comprensiva, ayudan a explicar el mencionado auge del anarquismo y de tendencias parecidas (de contenido, algunas de ellas, bastante confuso e incluso contradictorio) en muy diversos países y latitudes. Por otra parte, es evidente que sería infantil, excesivamente simplista y absurdo creer –sin mayores profundizaciones– que el incremento y la importancia que acabamos de apuntar fueron el mero desarrollo, el resultado de una penetración cada vez mayor de las ideas de tipo bakuninista, que habrían adquirido un notable empuje, especialmente después de la tan comentada escisión de los núcleos internacionalistas al comenzar los años de la década de los setenta.

Ciertamente, en el desarrollo del movimiento anarquista mencionado no puede negarse la influencia de las doctrinas de Bakunin, pero la reducción de todo un complejo fenómeno al papel de tal influencia haría, en verdad, incomprensible una buena parte de estas significativas e importantes realidades históricas. Tal como muy bien señalan, entre otros autores, expertos tan experimentados como C. Martí, resulta difícil que una corriente ideológica de características teóricas, de contenido filosófico, en fin, tan complejo y difícil de sintetizar, pudiera penetrar profunda, rápidamente y sin dificultades en el corazón de grandes masas, tanto de proletarios urbanos como de jornaleros y obreros campesinos de diverso tipo.

Es preciso, pues, a la hora de examinar un fenómeno tan trascendental tener en cuenta la existencia y el papel de otros factores, motivaciones y condiciones de características muy diversas, que van desde realidades de vida y trabajo a sustratos de mentalidad y de herencia, más o menos inconexa y consciente, de elementos ideológicos muy dispares. Solamente a través de esta visión, amplia, desapasionada y alejada de cualquier forma de planteamiento unilateral, es posible aproximarse, sin demasiadas dificultades de orientación, a la compleja realidad que durante años y años –incluso, décadas y décadas– permitirá que, de forma más o menos difícil o clara, coexistan corrientes muy diversas de anarquismo violento y terrorista, con otras de tendencias totalmente pacifistas y asimismo serenamente idealistas, según se verá más adelante.

Para comprender una realidad tan compleja, tensa y contradictoria conviene recordar que, al margen de los factores teóricos, ideológicos y filosóficos, existen otros elementos y motivaciones posibles, que contribuyen a hacer más comprensible el desarrollo y el auge del anarquismo que hemos apuntado anteriormente. En primer lugar, por ejemplo, las condiciones difíciles y negativas que, tal como señalan autores tan poco sospechosos como Ch. Morazé, imperarán en muchas industrias y formas de trabajo y en países muy diversos y que ayudan a motivar una agudización y una radicalización proletarias, fácilmente explicables. En bastantes casos, la realidad concreta, cotidiana (planteada como algo "natural" y, de hecho, "sin horizonte de cambio"), de las deficientes o malas condiciones de vida y de trabajo constituyeron elementos imperativos suficientemente comprensibles de por sí para alimentar y acrecentar una irritación e incluso una verdadera desesperación entre los elementos proletarios afectados.

Tal realidad, dura, insoportable, formaría –en diversos sectores y en varios países– un "caldo de cultivo", un "material de base", sumamente propicio para la creciente fermentación de diversas tendencias anarquistas. Paralelamente, se ha venido demostrando que –una vez patente el fundamental divorcio técnico y social entre el factor capital y el elemento trabajo– tanto en el campo como en las ciudades la negativa empresarial a comprender ciertas reivindicaciones elementales de los trabajadores (así como su cerrazón frente a la posibilidad de entablar negociaciones y diálogos que en muy poco podían perjudicarles) aumentaría la radicalización obrera, tal como muy claramente puede comprobarse en España durante varias décadas, en las últimas del siglo XIX y en las primeras del presente siglo.

Por otra parte, conviene hacer referencia al hecho de que la realidad importante –especialmente en algunos países– de las corrientes anarquistas, con su actuación claramente situada al margen del juego constitucional de la época y erigidas en poderosas tendencias de opinión y acción "extraparlamentaria", como vendrá repitiéndose en muchísimas ocasiones en nuestros días, representa un factor de desequilibrio y de contradicciones no sólo en el campo de las luchas sociales y de los planteamientos económicos, sino en el complejo de la vida política y constitucional, que contribuiría a acrecentar los derivados de las propias luchas y tensiones del juego de partido y de las realidades parlamentarias.

Realmente el desarrollo de los factores políticos, que durante bastante tiempo constituirían el meollo de la *praxis* externa de los estados liberal-burgueses constituidos a lo largo del siglo XIX, encontró en el "apoliticismo beligerante" de los anarquistas una base perturbadora que en determinadas ocasiones plantearía problemas de muy difícil solución al sistema imperante. En algunos países de estructuración sociopolítica algo peculiar –como ocurriría en el sistema de la España de la Restauración–, las complicaciones mencionadas llegarían de forma patente a adquirir proporciones de mayor envergadura, hasta el punto, por ejemplo, de que, mientras al iniciarse la década tercera del presente siglo los anarquismos presentaban un empuje y una importancia cada vez menores (frente al auge, en diversos casos, de distintas modalidades de marxismos), en España las corrientes ácratas, a pesar de los esfuerzos para su represión, representaban el núcleo de mayor importancia –animado desde hacía lustros por sucesos tales como la Semana Trágica de Barcelona, la fundación posterior de la C.N.T., etc., y por el empuje de los elementos que finalmente constituirían la F.A.I.– en el conjunto del proletariado hispano.

Las referencias anteriores ayudan asimismo a situar algunas de las caracte-

rísticas más significativas de la trayectoria general de lo ácrata. En este sentido conviene recordar que, sin duda, parte del éxito obtenido –entre extensas masas, ya de campesinos, ya de obreros urbanos– por los anarquismos estriba no tanto en la pretendida simplicidad de sus formulaciones como en la permanencia de las peculiares interpretaciones de los extremismos de la izquierda liberal, que de hecho coincidirían con las formulaciones del democratismo pequeño-burgués, intentando llevar hasta sus consecuencias más radicales los postulados básicos del primitivo liberalismo: implantación de la "armonía" y de la "feliz convivencia", que se derivaban de los viejos *slogans* de "Libertad, Igualdad, Fraternidad".

De esta forma se comprende, por ejemplo, el meteórico ascenso de movimiento de masas –entre 1868 y 1874– que en España caracterizaría a la corriente comúnmente conocida como "La Federal" y que coincidiría, por otra parte, con la penetración en tierras hispanas de las ideas y tendencias de la Primera Internacional Obrera. En este sentido conviene destacar que durante algún tiempo, entre diversos sectores comúnmente catalogados como anarquistas, la idea y el concepto de "reparto" predominan sobre la de "colectivización". Así se ocuparán fincas no para colectivizarlas, sino para tratar de "repartir" tierras entre los jornaleros.

En la raíz de muchos movimientos más o menos anarquizantes se encuentra la parte atractiva del extremismo liberal, la que haría hablar y escribir a un Pi y Margall de transformar "al proletario en propietario". Propiedad para todos, propiedad totalmente generalizada, que haría de todos los hombres verdaderos iguales y hermanos (fraternos), debía preceder a ideas como la de colectivizar. De forma que el colectivismo se introduciría en numerosos puntos a partir de la "demostración" más o menos matemática de que, por más que se deseara repartir, dividir y subdividir las realidades de propiedad (fábricas, comercios, fincas, etc.), no existía un "mínimo" aceptable, tolerable, suficiente para todos y cada uno de los hombres.

Desde esta perspectiva no resulta difícil descubrir la relación –arraigada en el liberalismo más típico– de ciertos conceptos ligados a lo colectivo con la profunda preocupación de respeto a la libertad y a la iniciativa individual. Por ello numerosos grupos anarquistas serán designados como "antiautoritarios", ya que cualquier forma de actualidad atacaba los "inalienables" derechos del individuo. Paralelamente, se comprende su rechazo de las tesis de la dictadura del proletariado. Para ellos, la revolución, el verdadero socialismo liberador, la eficaz "emancipación del proletariado", etc., sólo podían derivarse de los principios de autodeterminación, de verdadera libertad individual, posibles únicamente a través de la *acracia* (sin poder), con la supresión del poder y de la autoridad en todas sus formas y variantes.

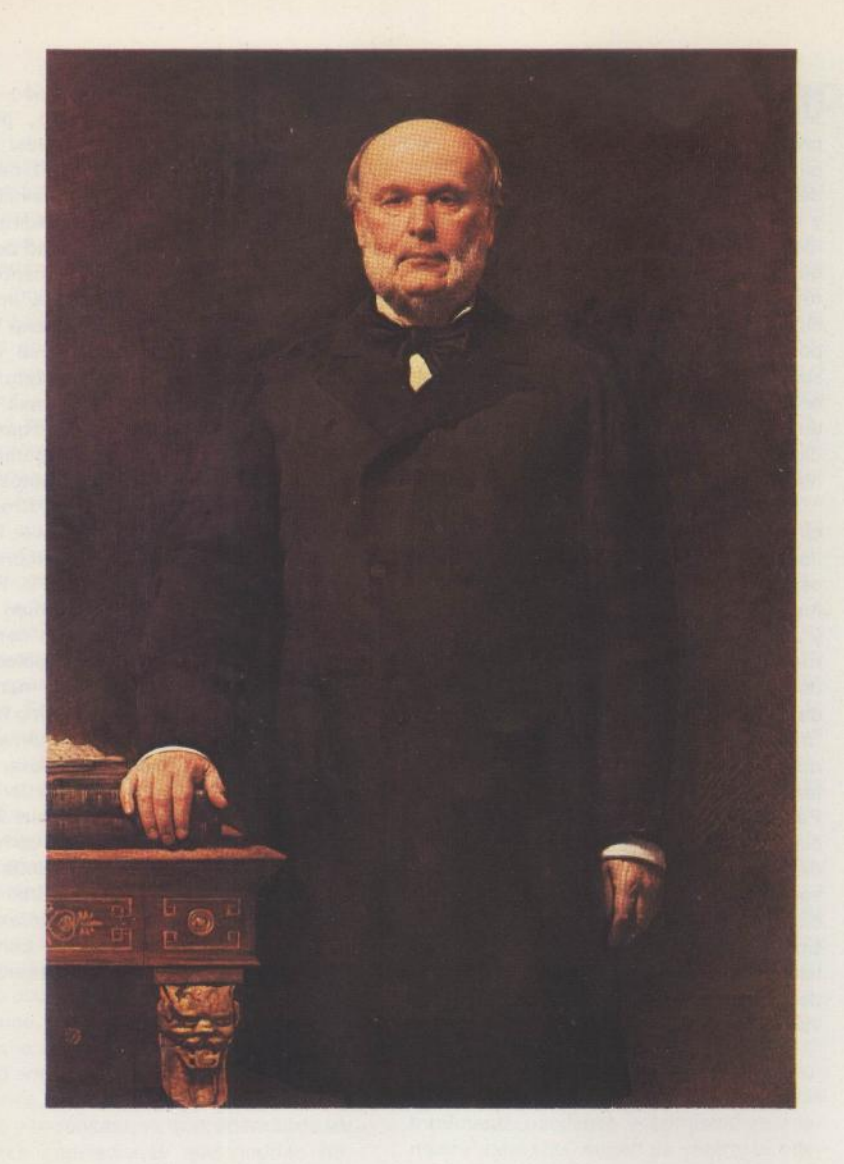
Todos estos hilos de conexión con el liberalismo individualista, etc., pueden, por otra parte, ayudar a entender la inoperancia, a la hora de la verdad, de diversas realidades anarquistas. Su vinculación a lo liberal-individualista impediría posiblemente no sólo la oportunidad de aprovechar el "momento revolucionario", sino que tropezaría además con la imaginación práctica para organizar una verdadera "anarquía" al encontrarse con el problema de que, en cierto modo, la organización exigía algunas formas de jerarquía, de control y de autoridad que constituían una contradicción insuperable.

De este modo, los movimientos y corrientes basados en Bakunin, Kropotkin, Tolstoi, Guyau, Malatesta, Grave, Reclus, Most, Malato, Max Stirner (hombre clave del "anarquismo individualista"), Rocker, Archinov, Majno, Emma Goldman, Berkman, Sorel, etc., acabarían sin conseguir resultados revolucionarios tangibles (frente al éxito, a partir de 1917, del marxismo-leninismo en Rusia) y verían como la renovada A.I.T., la vieja Primera Internacional, recreada y reorganizada (a pesar de la oportunidad de su acción en la guerra española de 1936-1939, con sus Durruti, Montseny, etc., con Barcelona como sede central, en cierto momento), asistía a unas oportunidades que se esfumaban y que, en todo caso, dejaban lugar a otras ilusiones y esperanzas, en vez de consolidar objetivos concretos y verdaderamente ortodoxos para el anarquismo.

A. J.



El Congreso Internacional Socialista en el momento en que J. Guesde hace uso de la palabra. Este Congreso, reunido en París en 1889, fundó la Segunda Internacional. Guesde, que había defendido la Comuna, preconizaba un partido socialista centralizado. Creó el Partido Obrero Francés. Fue ministro de Estado desde 1914 a 1916.

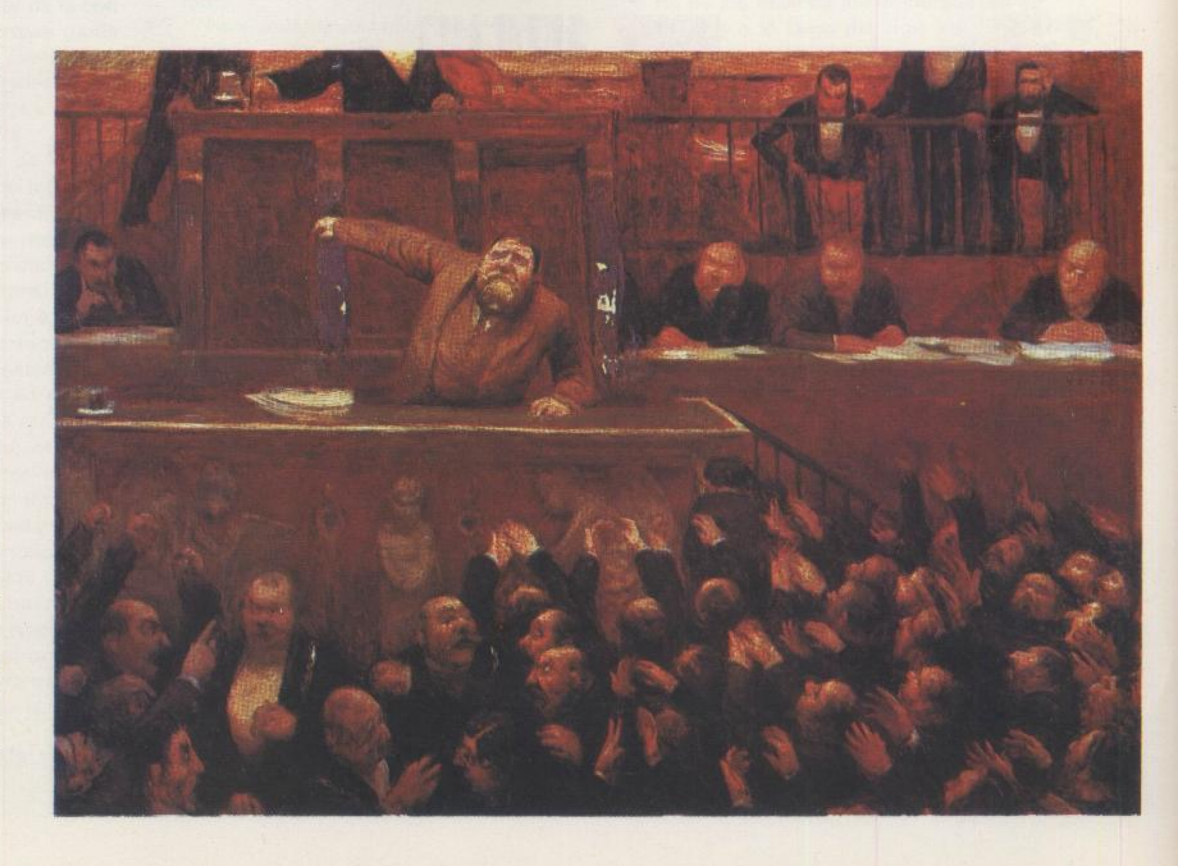


no quebrado, y nosotros, estad tranquilos, no seremos fracasados ni quebrados...".

La propaganda socialista se vio facilitada en Francia por tres sucesos que demostraban la venalidad de los políticos de aquella época. El primero de ellos fue el llamado "asunto de las condecoraciones": en noviembre de 1887 se descubrió que se vendían condecoraciones del ejército, y entre la documentación ocupada a los encartados en el hecho se hallaron cartas que comprometían a Daniel Wilson, yerno del presidente de la República. También se hizo público entonces que abusaba de su parentesco con la primera autoridad de la nación para llevar a cabo productivas empresas comerciales. Fue condenado en primera instancia, pero el Supremo le absolvió, aunque reconocía que había cometido abusos no penados por la Ley. El escándalo fue tan grande, que obligó a Grévy a dimitir. Del segundo y tercero, los asuntos "Dreyfus", condenando a un inocente a la deportación sólo por ser judío, y "del Canal de Panamá", tratamos en otros lugares de esta obra.

Muy a menudo los representantes del pueblo, los miembros del famoso poder legislativo, se insultaban desde los escaños, llegaban a las manos como si quisieran demostrar al pueblo francés, atónito, que por fuerza tenía que haber un régimen político mejor que el que ellos, los burgueses liberales, habían establecido después de la *Commune*. Guesde les decía: "Estamos aquí para comprobar

Jules Grévy, por Bonnat (Museo de Versalles). Sucedió a Mac Mahon en la presidencia de la República francesa, pero su pacifismo hizo posible la aventura del general Boulanger, que agrupó a su alrededor a los revanchistas contra Alemania.



Jaurés en la tribuna, por J. Webber (Museo Carnavalet, París). Jean Jaurés fue, con Blanqui y Guesde, el otro miembro de la trilogía socialista francesa. Creía en la posibilidad de obtener mejoras para la clase obrera colaborando con los gobiernos de coalición, ideario que lo oponía sobre todo a Guesde. En 1907, al escindirse en dos, acaudilló la mayoría derechista de la Segunda Internacional, que tenía como objetivo la defensa nacional.



Huelga a finales del siglo XIX (Biblioteca Nacional, París).

vuestra defunción. Somos los médicos forenses que van a comprobar la muerte del enfermo. No nos acusaréis a nosotros de haberos matado".

En Inglaterra, la lucha entre las clases privilegiadas y el proletariado fue mucho más ordenada y pacífica. Desde el primer momento se dio por irrefutable la idea de que los cambios sociales vendrían impuestos por la necesidad y que serían los mismos conservadores los que establecerían el estado socialista. ¿No había sido Peel, un *tory*, con el propio Wellington, los que habían exigido de los Lores la aprobación de las leyes de abolición de los derechos del trigo y la adopción del librecambismo?

Disraeli, jefe del partido conservador a mediados del siglo XIX, hubiera preferido también un socialismo de estado al *laissez faire* de los liberales. "El estado –decía– no tiene más que un solo deber: procurar el mayor bien de las masas."

Seguros de que el socialismo vendría naturalmente y que no cabía más que esperar, un grupo de intelectuales de Londres fundaron en 1889 la *Sociedad Fabiana*. El nombre proviene de Fabio Cunctator, que venció a Aníbal sin entablar batallas, sólo porque supo esperar. Pero el programa de los fabianos era francamente colectivista. He aquí el primer párrafo de su estatuto: "La Sociedad Fabiana está formada por socialistas. Se propone la reorganización de la sociedad con la emancipación de la tierra y las industrias expropiándolas de individuos o clases y revertiéndolas a la comunidad en beneficio general. Solamente así los recursos naturales del país podrá disfrutarlos equitativamente el pueblo".

Para sus inmediatas campañas los fabianos no tenían programa; decían que su misión era sólo exponer los principios socialistas y preparar, por la difusión de ideas, los cambios políticos y sociales que se avecinaban. Pero otra organización socialista, la *Federación Social-Democrática*, en 1889 urgía la inmediata adopción de las siguientes reformas: "Viviendas para obreros, instrucción obligatoria con cantinas escolares, jornada de ocho horas, contribución proporcional, estatificación de los ferrocarriles y municipalización de los servicios de tranvías, agua y gas; nacionalización de la tierra con la correspondiente organización de ejércitos de

SINDICALISMOS INTEGRADORES

La evidente consolidación de las nuevas y poderosas estructuras derivadas del capitalismo industrial, la constante y creciente demostración de capacidad de crear riqueza de que haría gala –a partir, especialmente, de la segunda mitad del siglo XIX– el gran capitalismo, los nuevos procesos de concentración demográfica y de urbanización, etc., coincidirían –sería absurdo negarlo– con la aparición, definición y concreción de los movimientos de expresión clasista obrera, que tratarían de "tomar conciencia" de la realidad en que se encontraban inmersos y, paralelamente, de organizar corrientes y movimientos con suficiente fuerza para luchar contra el capitalismo y el poder de sus detentadores fundamentales: la burguesía.

Por otra parte, costó muchísimo a los nuevos dirigentes de lo que muy pronto se denominaría indistintamente "sociedad industrial" o "sociedad burguesa", darse cuenta de que, en el proceso de definición clasista obrera, existían posibilidades de atraer –separándolos, por tanto, de sus compañeros proletarios de clase y de aplicar con ventaja el viejo dicho de "divide y vencerás"– a núcleos de trabajadores que, ya fuera por su especialización o por otros motivos, tendían en principio a formar un "mundo" aparte, claramente diferenciado del resto del proletariado.

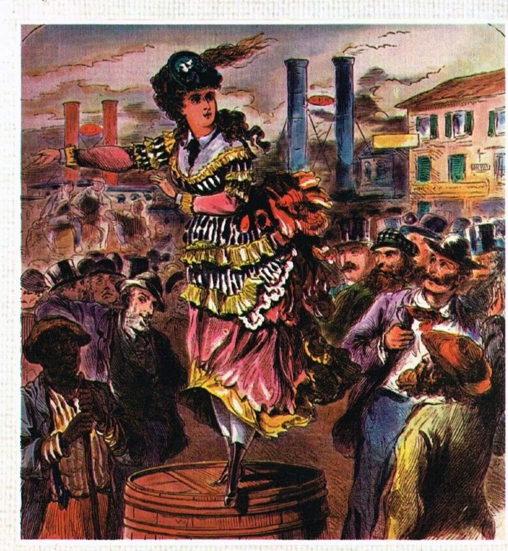
Este fenómeno se puede observar en todas partes y concretamente en Cataluña, donde hace años Vicens Vives puso de manifiesto las diferencias de diverso tipo (comportamiento, mentalidad e incluso nivel de vida) entre la minoría de obreros que recibían el significativo apelativo de "operarios distinguidos" y la turbamulta de peones no especializados, a los que el vocabulario de la época aplicaba las denominaciones de "vagos", "miserables", "hez", etc.

Existen motivaciones sociológicas e históricas muy serias y poderosas para explicar el hecho de que las burguesías de Occidente no supieran o no pudieran explotar este dualismo y que al final, cuando cuajen los modernos movimientos obreros de clase, coincidan en la misma organización operarios y peones. No obstante, poco a poco, y especialmente en las últimas décadas del siglo XIX, ciertos sectores dirigentes de la nueva sociedad –los mismos que sabrían dar oportunidades, integradoras en mayor o menor escala, a los partidos obreros para participar en la vida electoral y parlamentaria (oportunidades de las que, por ejemplo, tratarían de beneficiarse los socialistas)– descubrieron no sólo que, tanto a la larga como a la corta, sería mucho más beneficioso para el capitalismo industrial el reconocimiento de las organizaciones sindicales, sino que además –aprovechando especialmente el carácter de reivindicación inmediatista que en muchos casos, por razones de estrategia muy explicable y elemental, presentaban los movimientos sindicales– podían tratar de vincular, de forma más o menos intensa, más o menos sentida, los intereses, acciones e incluso finalidades de ciertos sectores sindicales; de organizaciones sindicales completas en algunos casos, con los fines y objetivos de la sociedad capitalista de que formaban parte.

Es decir, frente a las predicaciones de lucha y de emancipación que propugnaban los dirigentes de unos movimientos obreros insertos (no por voluntad, sino por factores "coyunturales" insuperables de momento) en el sistema de explotación capitalista, se supo dibujar la imagen de una "comunidad" verdaderamente fraternal y libre, en la que, a pesar de desigualdades evidentes e incluso necesarias (sin estímulo, sin más ganancia, etc., para el más laborioso o ingenioso no existe progreso, no se agudizan ni la capacidad ni los instintos creativos de riqueza y bienestar, etc.; es lógico que reciba más aquella persona que labore más, etc.), se iban realizando más o menos paulatinamente los ideales de liberalismo, de la auténtica armonía.

De este modo, los sindicatos, con sus centenares de miles e incluso millones de afiliados, adheridos y simpatizantes convivían, codo a codo, en una fraterna y dinámica organización social que, al tener como fin fundamental la multiplicación creciente de riqueza, permitía no sólo hacer más ricos a los que ya lo eran, sino ampliar la base general de riqueza, que les daba a los obreros integrados en la comunidad la posibilidad concreta de ver, cada vez más, realizados sus sueños e ilusiones: obtener reivindicaciones concretas (salarios más altos, menos horas de trabajo, seguridad social, higiene en el trabajo y en sus barrios, etc.), al propio tiempo que "realizaban" sus anhelos de poder a través de las tesis del sufragio universal y de la idea de "un hombre, un voto", al poder participar, en teórico pie de igualdad, en la vida política.

La hábil explotación de ciertos egoísmos más o menos latentes en el corazón de todos los hombres ayudaría a la promoción de ciertos sindicalismos integradores, en el seno de la para ellos "perfecta" y "sagrada" sociedad industrial de clases. El ejemplo de un considerable número de obreros de los Estados Unidos puede ser sumamente significativo al respecto: al crecer en extensión territorial y en posibilidades de toda índole, los Estados Unidos de Norteamérica se convirtieron en un objetivo, en una auténtica tabla no sólo de salvación, sino incluso de "liberación" para millones de inmigrantes europeos,



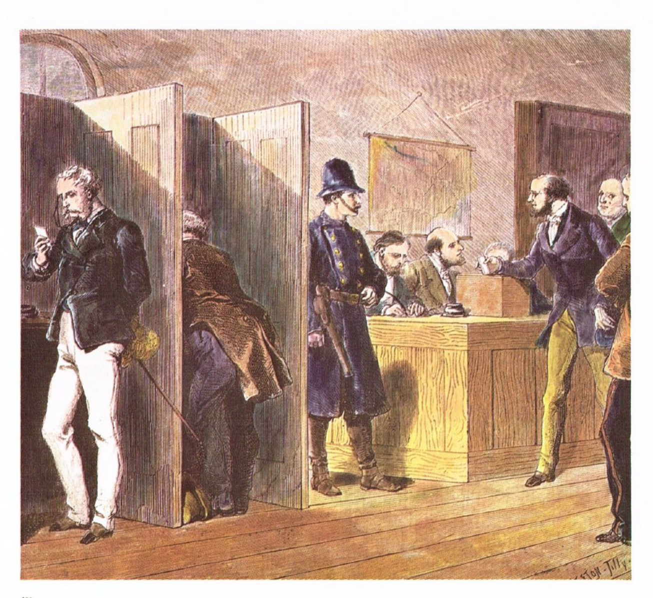
donde, pese al auge del industrialismo, el auge demográfico no les permitía subsistir con unos mínimos de decencia. De todas partes, millones de obreros de Europa se trasladaron al "paraíso U.S.A."; las facilidades encontradas por las primeras oleadas de inmigrantes eran lógicas y fácilmente explicables: existían grandes riquezas que explotar, faltaba mano de obra y, en consecuencia, los propietarios y empresarios en general no podían regatear. Necesitaban trabajadores, a costa incluso de pagar salarios mucho más altos de los pagados en Europa.

Los inmigrantes obreros comprendieron, por otra parte, que si –a pesar de la gran expansión norteamericana– seguían llegando grandes masas de obreros procedentes de Europa, corrían el riesgo de que los salarios bajaran y, por tanto, de que su posición relativamente ventajosa dejara de serlo en buena parte. Y por ello, fueron sindicalistas americanos los que en mayor proporción lucharon para que las Cámaras legislativas de los Estados Unidos pusieran coto a la emigración, señalando "cupos" restrictivos, según países y etnías, a la entrada de inmigrantes. De esta forma, el integracionismo sindical demostró no sólo preocuparse por sus particulares intereses, que paralelamente coincidirían con los del capitalismo norteamericano, sino que además cortarían ostensiblemente con el principio de solidaridad internacional entre los obreros, que hasta entonces tanta fuerza y simpatías habían conseguido dar a los componentes de la nueva clase industrial.

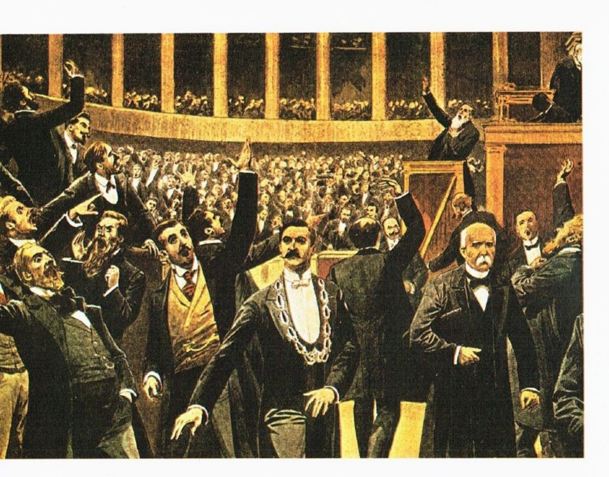
Como es sabido, además de los Estados Unidos –a los que finalmente se impondría el famoso y poderoso binomio A.F.L. y C.I.O.–, el sindicalismo integrador tendría una de sus manifestaciones más peculiares y al propio tiempo más complejas en el Reino Unido. En efecto, las T.U.C. *(Trade Unions)* británicas, que finalmente abandonaron como tesis oficiales las propias del marxismo y, en todo caso, buscarían sus particulares caminos "liberadores" por las sendas del interesante y complejo movimiento de la denominada "escuela fabiana", demostraron no sólo su habilidad para crear un partido de cariz socialista distinto de los demás existentes en el mundo, el *Labour Party,* sino que además paulatinamente (y con las excepciones importantes y coyunturas distintivas que es imposible dejar de tener en cuenta) fueron acostumbrando a sus miembros a la continuidad integradora en el seno de una comunidad capitalista que, a pesar de sus diferencias de clase, permitía mejoras salariales, legislación laboral, sistemas de seguros, organización y multiplicación de cooperativas de tipo muy diverso (consumo, producción, etc.).

Otros países, especialmente los escandinavos, verían asimismo crecer el papel de fórmulas sindicalistas integradoras que, en muy diversos países y casos, adquirirían en el siglo XX al plantearse el pleito entre la III Internacional, de nuevo cuño, y la veterana II Internacional. Asimismo, en el panorama de las realidades de los sindicalismos integradores es importante dejar clara constancia de que no siempre –y conviene insistir en ello– pueden efectuarse simplismos deformadores, como sería, por ejemplo, el de colocar las actividades de los denominados "sindicatos amarillos" (con sus sistemas de "esquiroles", prácticas rompehuelgas, etc.) en el marco, puro y sin matices, del complejo fenómeno de los sindicalismos integradores.

A. J.



Elecciones en Gran Bretaña (Biblioteca Nacional, París). El movimiento socialista en Gran Bretaña, originado a través de la "Sociedad Fabiana" y la Federación Social-Democrática, desembocó en la formación del "Labour Party", cuyo programa presentaba como uno de los puntos importantes la instauración del sufragio universal.



Tumulto en el Parlamento francés, cuando los diputados socialistas interrumpieron la sesión y abandonaron el edificio cantando "La Internacional" (Biblioteca Nacional, París).

trabajadores para producir según los principios de cooperación". El programa es algo más ambicioso que el de los socialistas alemanes, pero probablemente los ingleses se hubieran contentado con mucho menos.

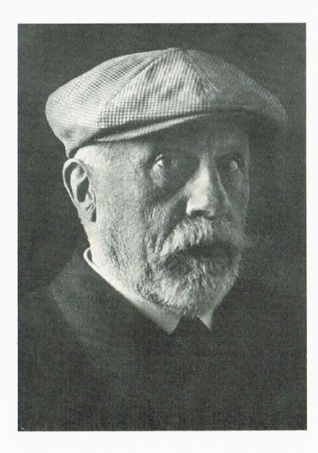
El resultado de todos estos esfuerzos combinados fue la formación del *Labour Party* o partido obrero británico, que emprendió la lucha en la liga política con el siguiente programa: 1. Sufragio universal y único para cada votante. – 2. Parlamentos trienales y elecciones simultáneas el mismo día en todos los distritos. – 3. Dietas a los diputados y pago por el estado de los gastos de los electos. – 4. Representación proporcional. – 5. Instrucción obligatoria y cantinas escolares. – 6. Nacionalización de tierras y minas. – 7. Autonomía de los antiguos reinos y colonias del Imperio británico. – 8. Legislación obrera: jornada de ocho horas, seguros por accidentes, enfermedades, vejez y muerte, e higiene de los talleres. – 9. Nacionalización de los ferrocarriles. – 10. Reglamentación del tráfico de bebidas alcohólicas. – 11. Abolición de la Cámara de los Lores y de los cargos hereditarios. – 12. Codificación de la ley civil y justicia gratuita.

En Italia, el socialismo parlamentario, dirigido por Turati, Labriola y Ferri, hizo pocos progresos, porque se mantenía vivo el entusiasmo romántico de la época de liberación. Todo lo que hacían los diputados socialistas en la Cámara italiana era fiscalizar los abusos y revelar corrupciones, pero nunca confiaron en un traspaso total de poderes del estado capitalista al estado socialista en un porvenir cercano.

En España, el socialismo de esta época tuvo escasa importancia; el anarquismo, en cambio, se apoderó de la imaginación de los más exaltados. El programa anarquista lanzado por el ruso Bakunin –estafador e inmoral– se basaba en el sofisma de que ser ciudadano del estado socialista sería una servidumbre, una esclavitud igual o peor que la de ser ciudadano en un régimen capitalista. El ideal era vivir como hombres libres y virtuosos sin el despotismo de un gobierno que obligara a cada uno a desempeñar servicios que no fueran de su gusto. La táctica de los anarquistas, más que la predicación, fue la de crear una obsesión de pánico con atentados misteriosos, como queriendo demostrar que el estado que se basaba en la fuerza era no sólo antinatural, sino imposible, pues que un individuo aislado podría desbaratar el mecanismo de gobierno asesinando a su jefe. Repitiendo los atentados terroristas, se llegaría a un momento en que se tendría que liquidar el estado y vivir la Humanidad entera sin gobiernos ni fronteras.

Sólo en el centro y el Norte llegó a contar el socialismo con cierto número de adeptos entre la clase obrera y algunos intelectuales; en las demás regiones, el anarquismo se había enseñoreado de las masas y no había manera de encauzarlas por otro camino.

Por otra parte, el socialismo español, que no siempre estuvo de acuerdo con el internacional, luchó por mejorar las condiciones



Pablo Iglesias, el apóstol del socialismo español. Esta ideología no contó con demasiados adeptos en España, más atraídos por la anarquista, pero la labor del socialismo en pro del obrero español fue beneficiosa (casas baratas, montepíos, reglamentación del trabajo femenino y de los niños, asilos para inválidos, etc.).

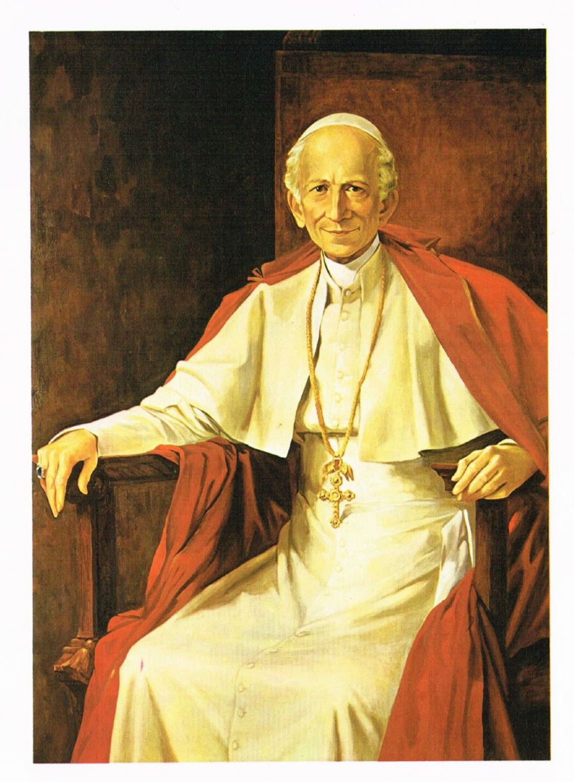
de los trabajadores. Los diferentes gobiernos, por su parte, percatados de la alta trascendencia de la reforma social, decretaron medidas que tendían a beneficiar a aquéllos, como la edificación de casas baratas para obreros (1853), la declaración de la utilidad moral, social y económica de los montepíos o sociedades de socorros mutuos para trabajadores, la reglamentación del trabajo de las mujeres y los niños, la creación de una Comisión de Reformas Sociales y de un Asilo de inválidos del trabajo en Vista Alegre, así como la promulgación de la ley de Accidentes del Trabajo.

Junto al socialismo había nacido un socialismo cristiano y en España netamente católico. En parte pretendía contrarrestar los efectos del socialismo revolucionario, pero también quiso practicar los principios del Evangelio atrayendo a los desvalidos y amparándolos en cumplimiento de preceptos de la Iglesia y de recomendaciones bien explícitas de León XIII y de la encíclica *Rerum Novarum.*

En los países escandinavos, más reflexivos y más cultos, con un sentido más práctico de las realidades y las utopías del ideal, el socialismo tomó la dirección que llamamos "intermedia" de las cooperativas de producción y de consumo; pero ésta –que parece ser la más razonable– tiene grandes dificultades por ser casi imposible impedir con legislación que las acciones de la cooperativa no se acumulen en unos cuantos capitalistas y se fomente de esta manera el mal que se trata de remediar. El cooperativismo es ciertamente una de las facetas del socialismo, una de las etapas, si se quiere, en el camino total a recorrer; pero, naturalmente, tiene también sus escollos, como los han tenido siempre, a lo largo del curso de la Historia, todas las transformaciones y cambios que se han pretendido introducir en el régimen o sistema político de los pueblos.

Para muchos radicales, el cooperativismo está destinado a producir una distracción peligrosa del socialismo del estado, que es el único, según ellos, que puede remediar la injusticia social y evitar las crisis de superproducción. Pero aunque sea un juguete, un entretenimiento que ocupa la imaginación de los pequeños propietarios, el cooperativismo puede servir de compás de espera y demorar la lucha de clases. Los funcionarios, los pequeños rentistas, los burgueses, encuentran beneficio y placer organizándose en cooperativas de consumo para recibir los productos de otras cooperativas de producción. Así creen evitar al intermediario, al parásito. En Inglaterra, al comenzar la guerra había 8.643.000 asociados con 10.600 tiendas de comestibles y 1.103 tiendas de muebles, material eléctrico y cacharrería. Una cooperativa central en Manchester proveía a las cooperativas esparcidas por todo el país. En Suecia, una cuarta parte de las familias participaba en el cooperativismo, que abarca muchos sectores de actividad: de consumo y de producción.

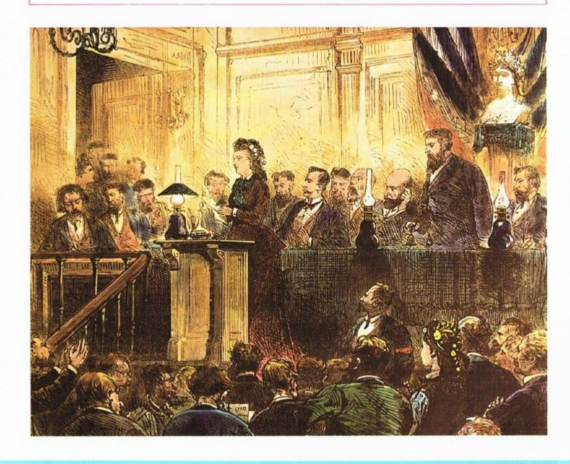
El gigantesco desarrollo del cultivo de naranjas y limones de California no se hubiera realizado sin las cooperativas de los propietarios de los naranjales, que disponen de técnicos, empacadoras y agentes distribuidos por los mercados para anticipar la demanda. En Suiza, los campesinos se aprovechan de las cooperativas con sus grandes centrales, adonde va a parar la leche para ser pasterizada y homogeneizada.



El papa León XIII (Patriarcado de Venecia), en cuya encíclica "Rerum Novarum" se basaron varios movimientos, originados en los países católicos, de socialismo cristiano.

BIBLIOGRAFIA

Baumont, M.	*L'essor industriel et l'impérialisme colonial (1878-1904),* París, 1949 (2.ª ed.).
Belof, M., y otros	*Histoire de l'Europe. L'Europe du* XIX*e et du* XX*e siècle* (2 vols.), París-Milán, 1964.
Braudel, F.	*Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social,* Madrid, 1969.
Duroselle, J.-B.	*Europa. De 1815 a nuestros días. Vida política y relaciones internacionales,* Barcelona, 1967.
Febvre, L.	*L'État moderne,* en "Encyclopédie française", dirigida por L. Febvre, París, 1935.
Grousset, R.; Léonard, E. G., y otros	*Histoire Universelle,* tomo III de la "Encyclopédie de la Pléiade", París, 1958.
Hauser, H., y otros	*Du libéralisme à l'impérialisme (1866-1898).* Segunda edición revisada y refundida por F. de L'Huiller, París, 1952.
Huiller, F. de L'	*De la Sainte-Alliance au Pacte Atlantique. Le dix-neuvième siècle (1815-1898),* Neuchâtel, 1954.
Latreille, A., y Siegfried, A.	*Les forces religieuses et la vie politique,* París, 1951.
Lavau, G.-E.	*Partis politiques et réalités sociales,* París, 1953.
Morazé, Ch.	*Essai sur la civilisation d'Occident,* París, 1950. *El apogeo de la burguesía,* Barcelona, 1965.
Schnerb, R.	*El siglo* XIX. *El apogeo de la expansión europea (1815-1914),* en "Historia general de las civilizaciones", vol. VI, dirigida por M. Crouzet, Barcelona, 1960.
Seignobos, Ch.	*Histoire politique de l'Europe contemporaine. Évolution des partis et des formes politiques,* París, 1924.
Vicens Vives, J.	*Historia general moderna,* vol. II, Barcelona, 1950.



Sesión de un congreso obrero reunido en París (Biblioteca Nacional, París).